

COMEDIA. LAS VIVANDERAS ILUSTRES.

POR DON ANTONIO VALLADARES.

ACTORES.

El Marqués de la Colina, General, y prometido Esposo de la Condesa de Villaserena, con nombre de Rosalía, Vivandera.
Gertrudis, hija de ésta, y del Marqués.
Jacinto, Soldado, y Conde del Río.
El Coronel, hijo del Marqués.
Un Brigadier.
Un Sargento Mayor.

Un Ayudante.
Un Teniente, Padrino del Rea.
Quatro Capitanes.
Feliipe, Tambor, Esposo de Jacinta, Vivandera.
Un Sargento.
Dos Criados del General, obsequios de la Ciudad.
Soldados.

ACTO PRIMERO.

LA ESCENA ES A VISTA DE BARCELONA.

El día empieza á amanecer, aumentando sus luces poco á poco. Se oye el toque de la Alborada ó Diana, por tres cajas, y tres pitos en partes diferentes, y lejanos unos de otros. Los primeros bastidores de la derecha, y de la izquierda los ocuparán unas Barracas de Vivanderas arrimadas á algunos árboles gruesos. Las dos primeras de uno y otro lado, serán la de la derecha de Jacinta, y la de la izquierda de Rosalía y su hija Gertrudis. Despues de ellas se verá un Campamento con muchas tiendas, y á lo último vista de Mar, y á un lado parte de las murallas de Barcelona.

Sale Jacinta de su barraca esperezándose, y bostezando, como que acaba de levantarse.

Jac. **AUN** no sé si estoy despierta, ¡Jesus qué pesado sueño! *bostez.*
¡Qué torpe estoy todavia! *se espereza.*
Mas los agradables ecos de las cajas y los pitos saludan al Alba. ¡Bueno!

A fuera pereza, y para despertar cantemos. *bostez.*
Canta. Si á la luz del día tribután su obsequio las aves cantando, las flores luciendo, sean bien venidos sus puros reflejos, y el Criador bendito que le hizo tan bello.

Al concluir saca la mesa à la puerta de la barraca, y sale de la suya Gertrudis.

Gert. Jacinta, felices dias.

Jacinta. Gertrudis mia, mui buenos te los dé Dios. ¿Tan temprano levantada?

Gert. Amiga, el sueño me venció: hoi no he podido, como otros muchos lo he hecho, salir primero que tú à disponer los efectos que nuestra industria previene para vender, y lo siento.

Jacinta. Pues hija no debes creer que en mí ha sido virtud esto; sino porque como ya estamos en el momento de la retirada; y crece el consumo en tanto extremo de los viveres en ella, he madrugado por traerlos de la Ciudad. Mi Felipe me lo encargó asi, y no quiero venga de la Guardia, y me halle aqui, pues sabes su genio, y asi, Gertrudis, te encargo que mientras él viene, ó vuelvo, me cuides de mi barraca. A Dios amiga hasta luego.

Gert. El vaya contigo. Yá es ora de que llamemos à mi pobrecita madre, para que traiga à este puesto la provision necesaria. *(en accion de irse.)* Pero à Jacinto no advierto en todos estos contornos. ¡Ah, qué poco sus afectos corresponden à las ansias con que se inflama mi pecho! ¿Pero qué he de hacer? paciencia, y à mi madre despertemos.

Se entra en su barraca, y sale Felipe, Tambor, fumando un cigarro, y con el sable debajo del brazo.

Felip. Yá es de dia claro, y las cajas

han cesado. Yo contemplo que habrá yá ido mi muger à traer los estupendos licores que la encargué, y que no vendrá tan presto. Asi veré si consigo hablar un rato en secreto con la señora Gertrudis, que ha dias que lo deseo; pues solicito me diga *(que es el encargo que tengo de mi Coronel)* à qué hora estará sola, pues creo quiere venir disfrazado amante, y con muchos pesos, à poner sitio à esta Plaza, aunque inutil lo contemplo. El bueno del Señorito está por ella muriendo; como nuestro General no tiene otro hijo, por esto le consiente demasiado, y es tan calavera. Pero à otra cosa vamos. El papel que yo represento no es adéquado à un Tambor del nombre, y fama que tengo. Mas hai plata y proteccion, y el adagio verdadero asegura, que en un saco no caben honra y provecho. Verdaderamente, ¿qué es el honor sin el dinero? A mí me parece que es como quien adorna à un muerto de un esquisito vestido, que no tiene lucimiento. Solamente en este caso me es mui sensible el mal tercio que resultará à mi amigo Jacinto, pues segun creo, pretende unirse à Gertrudis con el lazo de Himeneo: y si es que llega à entender mis buenos oficios, pienso que ha de haber porrazo. ¿Y qué? solo puede parar esto

en

en darnos quatro sablazos,
y es factible que con ellos,
el uno, ó los dos salgamos
de los cuidados molestos
que hai en nuestra religion,
quando se quiebra un precepto.
Pero aquí Gertrudis sale,
quiere entablar mi proyecto,

*Sale Gertrudis de su barraca, y pone á su
puerta una mesita, y sobre ella vasos,
botellas, pan, y un plato con
torreznos.*

Gert. ¿Señor Felipe? Buen día:
¿tan temprano? ¿Cómo es eso?

Felip. Hasta cerca de las tres
de la mañana, leyendo
estuve, hermosa Gertrudis.

Gert. ¿Cómo? Yo estaba creyendo
no sabiais leer.

Felip. Si es de pluma,
ó molde la letra es cierto;
pero ninguno me gana
en el libro en que yo leo,
porque en sus quarenta folios
soi diestrisimo.

Gert. Yá entiendo:
habeis estado jugando.

Fel. Y he perdido.

Gert. Pues lo siento.

Felip. Eso no importa. Lo peor
es, que ahora me estoi durmiendo.
Ha, ha. ¿Pero mi Jacinta
ha salido?

Gert. Yá hace tiempo,
que fue á buscar los licores
á la Ciudad.

Felip. Eso mesmo
la encargué anoche.

Gert. Mi madre
tambien ahora debe hacerlo,
que acabando de vestirse
está.

Felip. ¡Qué lance tan bueno
para la idea, pues queda
sola en la barraca! Creo
bella Gertrudis que no

vendrá mi muger tan presto,
por lo qual usted es fuerza
me haga un favor.

Gert. Yo deseo
servir á usted.

Felip. A un amigo
hoi convidado le tengo;
con que ínterin que le traigo
disponga usted un almuerzo
regular; pero no falten
quatro botellas de Pedro
Ximenez, y Malvasia
esquisito; que en habiendo
esto de más, la comida
no importa que esté de menos.

Gert. Todo lo tendrá usted pronto,
y aseado.

Felip. Yo lo agradezco;
traeré aquí á mi camarada,
y un buen rato pasarémos.
Voi á que mi Coronel
no pierda este lance. Buelyos.
A Dios Señora Gertrudis.

Gert. Guarde vuestra vida el Cielo.

Sale Rosalta. Hija mia aún es temprano;
y aunque hacen falta, tenemos
víveres; mas dí, ¿con quién
hablabas? porque yo creo
que antes de que yo saliese
alguien aquí habia.

Gert. Es cierto:
Felipe, nuestro vecino,
me ha dicho que haga un almuerzo
para él, y otro Camarada.

Rosal. No sabes bien lo que siento
que ese hombre te hable con tanto
cuidado, y tan grande anhelo;
pues me parece, hija mia,
que el Alba madrugaba menos
que él para solicitarlo,
y suelen venir los riesgos
de tal modo disfrazados,
que no es facil conocerlos.

Gert. ¿Pero qué causa teneis,
madre, para esos rezelos?

Rosal. Yo he visto y notado, que
mira con bastante afecto

su Coronel nuestra pobre Barraca; y tambien observo, que el favor, y proteccion que ha logrado en tanto extremo Felipe con este Gefe, encierra mucho misterio. Tú eres joven, hija mia; te ha dado piadoso el Cielo belleza y prendas amables; y estos favores contemplo son otros tantos contrarios que combaten nuestro sexó tan débil, si la virtud no es constante en mantenerlo.

Gert. Usted dice mui bien, madre; mas persuadirme no puedo á que Felipe á su dicha aspire por unos medios tan indignos, mayormente tan íntimo amigo, siendo de mi querido Jacinto; y su muger nó lo es menos de nosotras.

Rosal. La esperanza, y el interés, siempre fueron los que hicieron vacilar los mas sólidos talentos. No hai honra, no hai amistad, que el poder, y el valimiento no consiga adulterar para lograr sus deseos. Nuestra infeliz situación me affige y causa tormento; no por la escasez de nuestra suerte contraria, que llevo resignada, sino por el despotismo tremendo con que un poderoso logra avasallar al pequeño.

Gert. ¡Ah, madre querida! Nada solicito, nada quiero mas, que venerar á usted, y vivir siempre en el seno de su paternal amor, y si consigo, sin que á estos vínculos falte, el sagrado lazo, que me una al objeto

de mi amor, á mi Jacinto; ¿qué fortuna, qué contento podrá compararse al mio, quando ha tres años que se ha hecho acreedor al dulce amor de usted, sirviendola atento, y respetandola como el hijo mas dulce, y tierno?

Rosal. Mui bien dices, hija amada; yo de tu sencillo afecto á Jacinto juzgo digno; y si le he dicho que quiero que duren las esperanzas de sus lícitos deseos, hasta que la retirada llegue de este Regimiento, no ha sido por retardarle con tu mano el justo premio que su honradez, virtud, y valor merecen. Mi intento es poderme cerciorar de su hidalgo nacimiento en el Reino de Aragón, como ha dicho; pues sin esto seria imposible fuera tu esposo; porque pretendo que aquel que lo haya de ser corresponda por lo menos, no á tu presente desgracia, sino á tu merecimiento.

Gert. Señora, y amada madre, yo he notado, ya hace tiempo, que quando usted de esto me habla, con un mudo sentimiento lamenta un secreto, y grave pesar que la hierde el pecho, y la affige. Sepa yo la causa de este misterio, que si no puedo aliviarla, sentirla, Señora, puedo.

Rosal. Sí, hija mia; determino manifestarte el secreto que he tenido sepultado en mi corazon. Resuelvo, que para que á tu instruccion, á tu aviso, y escarmiento contribuya, descubrirete

mi alma. ¡No, no estrañes estos
amargos suspiros! No
este llanto, y este exceso
de vergonzoso rubor,
que me usurpan los acentos;
porque son como preludios,
ò como exórdio funesto
de la tragedia que voi
à expresarte. ¡Oh justos Cielos!
Atenta escucha à mis voces,
si es que articularlas puedo.

Geri. Pues hagalo usted por Dios.

¡Yo no sé lo que mi pecho *à parte.*
interiormente me dice!

Diga usted, que yá la atiendo.

Ros. Yo, amada Gertrudis mia, (*mirando*
soi la infelice: :: (*llora.*) (*antes à to-*

Geri. ¿Qué es esto? (*das partes.*
Prosiga usted.

Rosal. ¡Ah, hija mia!

¡Dejame que tome aliento;

porque al decirte quien soi,

destruza el dolor al pecho!

Yo soi la infeliz Condesa (*como antes.*
de Villa-Serna.

Geri. ¡Qué extremo *mui alegre.*
de gozo percibo! ¡Ay Dios!
Proseguid.

Rosal. Ese contento
le cambiarás en dolor;
hija querida, mui presto.
Condesa de Villa-Serna
nací. Consiguí mi abuelo
este título à su vuelta
de América, como premio
de los notorios servicios
que contrajo en un Gobierno.
En Castilla estableció
su casa, en el mismo suelo
en que vió la luz primera,
que fue en la Villa de Olmedo,
adonde murió, quedando
mi padre por su heredero.
Murió mi madre tambien;
y despues de tan funesto
golpe para mi desgracia,
este mismo Regimiento

à que estamos agregadas,
llegó à mi lugar. ¡Ah Cielos!
¡Quién antes de esta desdicha
por fortuna hubiera muerto!
Su Coronel, que era un joven
mui amable, y mui discreto,
por cierta correspondencia
amistosa que tubieron
mi padre, y el suyo, ¡ay Dios!
vino à mi casa de asiento
con sus criados, y equipage.
Yo contaba en aquel tiempo
diez y siete años cabales.

La naturaleza, en medio
de tan tierna edad, me dió
mas que mediano talento;
tal vez para que con él
hiciese un uso perfecto
de la hermosura con que
me favoreció en extremo;
que asi la llamaban quantos
con amor rendido, y tierno
aspiraban à mi mano,
que eran muchos; mas entre ellos,
el Coronel consiguí
la preferencia en mi afecto.
Correspondí à sus rendidas
expresiones; y en efecto,
bajo de los mas solemnes,
mas sagrados juramentos,
y mas constantes promesas
de ser mi esposo: :: ¡No puedo
explicarte mi desgracia
sin morir! En el silencio
de una noche coroné
con la posesion su anhelo
amoroso. Yá lo digo.

¡Sabe Dios cuánto lo siento!

Geri. ¿Y qué despues faltó infiel
à su palabra, y à vuestro
honor?

Rosal. Si, hija mia; todo
lo abandonó. El Regimiento
partió para Cataluña,
y él le siguió: dejó en premio
de mi delincuente amor
el fruto que desde el seno

de

de mis entrañas mostraba
 ser, si inocente, el mas cierto
 testimonio del delito
 que cometió mi amor ciego!
 ¡Tú fuiste éste, infeliz hija
 (el dolor rompe mi pecho)
 de esta desgraciada madre,
 que solo vive muriendo!

Gert. Señora, y madre querida,
 no dé usted al sentimiento
 lugar para que arrebate
 su vida, que tanto aprecio.
Y dígame usted, ¿por qué
 no le reconvinó luego,
 ó qué excusas para tanta
 infamia dió ese à quien debo
 el sér? ¿Y cómo ha venido
 usted à este tan adverso
 destino, que tanto dista
 de su crianza, y nacimiento?

Rosal. Todo te lo explicaré,
 porque sirva à tu escarmiento.
 Finalizada la marcha
 le elevaron à otro empleo.
 Yo le escribí várias cartas,
 diciendole por extenso
 mi situacion infeliz,
 pero todas sin efecto.

Gert. Puede ser que arrepentido
 à buscaros haya vuelto.

Rosal. No, Gertrudis mía, pues
 comandando en Gefe un tercio
 de Tropas, supe pasó
 à Italia; y despues, haciendo
 diligencias por saber
 su estado, y su paradero,
 acabé de completar
 mi desgracia.

Gert. ¿Y qué suceso
 fue la causa?

Rosal. ¡El inhumano
 caso en Italia!

Gert. ¡Tremendo
 pesar, Señora! ¡Ahora sí
 que mi dolor es inmenso!

Rosal. ¡Sí, hija mía: se casó
 el ingrato, le dió el Cielo

un hijo, y de mí jamás
 se volvió à acordar! Yo viendo
 mi desdicha quise darme
 una horrible muerte; pero
 al contemplar inculpable
 de aquel criminal exceso,
 y perjura ingratitud,
 se estremecía mi pecho.
 A este cúmulo de males
 se siguió la muerte presto
 de mi padre. En un estado
 tan vergonzoso, y adverso,
 vendí mal toda mi hacienda,
 y humilde trage vistiendo,
 acompañada de un criado
 fiel, y anciano, salí luego
 fugitiva de mi Patria,
 sin llevar destino cierto;
 queriendo ocultar así,
 de todos aquel defecto.

En esta violenta fuga,
 y en los brazos de Lorenzo
 (nombre del criado) saliste
 al mundo, donde el perverso
 bárbaro autor de tu vida,
 subsiste, segun entiendo;
 bien que de él no tube mas
 noticia en todo este tiempo.

A los tres años murió
 mi criado; y este pequeño
 alivio que me faltó,
 duplicó mi sentimiento.

Con que yá sola del todo,
 desconocida, y sin medios,
 pues mi peregrinacion
 apuró todo el dinero
 que de mí casa saqué;
 para buscar mi alimento,
 y el tuyo, me vi obligada
 à seguir este grosero
 estado de Vivandera,

y me agregué à un Regimiento,
 que marchó à Italia tambien,
 habrá tres meses lo menos;
 por lo qual me incorporé
 à éste, que partió al momento
 à acamparse en Barcelona

con

con otros, porque temiendo nuestro Gran Felipe Quarto, (cuya vida guarde el Cielo) que el Christianísimo Rei destinára sus esfuerzos contra Barcelona, quiso prevenir para este riesgo sus Tropas; y yá ha dos meses que estamos aqui, por cierto que al General que aqui vino entonces, el que hoy tenemos, que es Marqués de la Colina, y tambien padre de nuestro Coronél, mudó, hace poco, y aun no he conseguido verlo; pero parece, à Dios gracias, que fue aquel rumor incierto, ó que nuestro invicto Rei, y el de Francia se han compuesto, pues vino orden de marchar alzando el acampamento; como yá se ha principiado por algunos Regimientos; y de un instante à otro aguardan que mande partir al nuestro el General. Esta es hija mi historia infausta. El recelo que de este Coronél joven me asiste, mi pecho ha abierto para que la sepas, y haga cierto tu temor, sabiendo que otro joven Coronél causó la ruina, el tormento, è infelicidad eterna, que lloro, gimo, y padezco.

Gert. ¡Ah, madre querida mia! ¡Con qué infamia, y à qué precio tan vil, llegué à recibir la triste vida que aliento! ¡Qué cara me cuesta, y cuánta virtud, y constancia debo unir à mí, para que se confunda el vituperio que heredé infelice, aun antes de mi nacimiento!

Rosal. ¡No me atlijan mas, Gertrudis, tus fundados sentimientos!

Y pues yá estás enterada de nuestra afliccion, yo espero resulte en tu beneficio. Queda con Dios, que al momento voi por los viveres que requiere nuestro comercio tan triste, y tan desgraciado. Estas lágrimas no puedo contener. A Dios. *vase.*

Gert. El vaya con usted. ¡Qué sentimiento me asiste! ¡Quántos pesares siguen à un delito! Pero ¿por qué razon, por qué causa debe tambien padecerlos quien no concurrió à causarlos, quedandose el verdadero delincuente sin la pena de su traicion? ¡Justos Cielos, cuánto ignoramos de aquellas razones, que allá en el seno de tu justicia infinita nos ocultas! ¡Mas qué adviertol La patrulla aqui se acerca, y mi Jacinto. ¡Qué extremo de gozo al mirarle esparce en mi corazon mi afecto!

Sale el Sargento con quatro Soldados de Patrulla, siendo uno de ellos Jacinto.

Sarg. Tenga usted felices dias, Señora Gertrudis.

Gert. Buenos, à usted, y à la compañía honrada, Señor Sargento, se los deseo.

Los Sold. Señora, hermosa, lo agradecemos.

Gert. Ahor mismo acaba de ir à la Ciudad por efectos para nuestra provision mi madre, y quedé sintiendo verme sola; con que en vér à ustedes aqui, me alegro.

Sarg. Usted puede por sus gracias naturales, por su aseo,

y por prenda destinada
à nuestro buen Compañero,
y Camarada Jacinto,
persuadirse à que en efecto
somos sus apasionados,
que servirla apetecemos.

Gert. Yo estimo tanto favor.

Sold. 1. ¡Qué muchacha!

2. ¡Es un portento!

3. La Reina de las hermosas.

¡Mirad qué cara, y qué cuerpo!

Jac. Yo doi à usted muchas gracias
por la fé, Señor Sargento,
con que me distingue. A usted
nada que decirle tengo,
porque si mi corazon
respira por vuestro aliento,
yá se vé que habeis de ser
de mi propia vida el Centro;
y pues os adora mi alma,
¡qué han de explicar mis acentos!

Gert. Yo estimo à usted su fineza.

Si hablo de amor me avergüenzo. (ap.)

Si yo pudiera explicarle
todo aquel que le profeso,
tampoco creo cupiera
en la expresion. Lo confieso.

1. Un modo de enamorarse
como éste, siempre fue opuesto
à mi gusto.

2. Por qué?

1. Porque

se gasta en voces el tiempo.

Hablar poco es lo mejor.

Yo de este modo me entiendo.

Sarg. Vaya, Señora Gertrudis,
usted nos hará el obsequio
de sacarnos dos botellas
de aquel vino bien añejo
Catalán, y à su salud,
yá que yá llegó el momento
de concluirse esta Campaña,
con gusto las beberemos.

2. ¡Qué agradable diversion!

1. ¡Es gallardo pensamiento!

Gert. Voy por ellas al instante. se entra.

Sarg. Las armas aqui dejemos,

y tendremos este rato
alegres. Sentarse.

Todos. Bueno. se sientan al rededor de la
Jac. Mi Sargento, ¿con que yá (mesa.

ha dado el General nuestro
la orden para retirarnos
en esta noche?

Sarg. Es mui cierto;
me lo ha dicho el Ayudante;
y yá se están disponiendo
en las Compañias todo

el menage. Más yo creo,
que esta noticia es à usted
mui agradable en extremo.

Jac. Es constante; porque así
lograr mi licencia espero,
y asegurar aquel fin
tan dulce, à que tanto anhelo.

Sarg. Unirse con la Señora
Gertrudis; ¿no es verdad esto?

Jac. Si Señor, está tratado
hacer nuestro casamiento
apenas de aqui salgamos.
Ved, pues, si ocupará el seno
de mi corazon, tan dulce
novedad.

Sarg. Si, yo lo creo. sale Gertrudis con

Gert. Aqui está el vino. (las botellas.

Sarg. Usted debe
echarnosle, porque entiendo
que el contacto de sus manos
hermosas le hará mas bueno.

Gert. ¡Qué lisonjas! Serviré
à ustedes con todo afecto.

Jac. Esta noche, mi Gertrudis,
marcha nuestro Regimiento.

Gert. ¡Ay Dios! ¿Qué me dice usted! llena de
¿Es verdad, Señor Sargento? (gozo.

Sarg. Esta noche, si Señora;
pero ese es mucho contento.
Eh no es estraño, las bodas
siempre causan este efecto.

Gert. ¡Ah, Jacinto mio! Yá à parte.
mi bien le miro completo.

Jac. ¡Aplauda amor mi ventura!
¡Mas ay! ¿Qué en vano pretendo ap.
olvidar el haber visto

à mi Coronél!

Sarg. Supuesto,
Señor Jacinto, que usted
no prueba el vino, al momento
lleguese à la Prevencion, *(le dà un papel.*
y dé este parte, en que expreso,
que no ha habido esta mañana
novedad alguna: luego
podrá marchar à su tienda
à descansar, que mui presto
iremos tambien nosotros.

Jac. Siempre gustoso obedezco. *Toma el*
A Dios, Señores. A Dios, *(fusil, y lle-*
hermosísimo embeleso *(ga à Gert.*
de mi corazón. **Gert.** Que no
tarde usted mucho le ruego.

Jac. No, bien mio, y entre tanto
à tus pies rendido de-
este amante corazón,
que halla solo en tí su centro. *vase.*

Gert. Yo gustosa le recibo.

¿Qué galan es, y qué atento!

Sarg. Vaya muchachos, hagamos
à este licor puro y bello,
nuestro saludo, cantando
unas coplitas.

Todos. Cantemos.

*Echan vino en los vasos, les reparten, y à
la repetición del coro de todos, tocan
con los vasos, y beben.*

Canta Sold. 1. Los Soldados valerosos,
fenecida la campaña,
mas aplauden las conquistas,
que estiman las retiradas.
Viva la gloria de Marte,
viva el honor de las Armas.

Todos. Viva la gloria de Marte, &c.

Sarg. Viva: Señora Gertrudis
por vuestra salud.

Todos. Lo mismo
decimos todos. *beben.*

Gert. Yo estimo
vuestros atentos obsequios.

Sarg. ¿Lo estimais? Pues echa vino,
y la botella apuremos:

A su salud.

Todos. Repetimos, *beben.*
viva de Marte el aliento. *después de be-*

Sarg. Pues se concluyó el licor, *(ber.*
alon: las armas tomemos,
y mientras que nos releban
daremos otro paseo.

Gert. Que sea en las cercanias
de mi barraca. **Sarg.** Os lo ofrezco.
Tomad, que yo pago, y quiera, *la dà*
Gertrudis hermosa, el Cielò, *(una mo-*
que se emplee vuestra belleza *(ndea.*
con el que amais.

Gert. Lo agradezco.

Sold. 1. Y que deis à vuestra madre
una docena de nietos. *vanse.*

Gert. Para Felipe, y su amigo
disponer quiero el almuerzo.
¡Ah, Jacinto mio! En breve
esposo llamarte espero.

Se entra, y sale Jacinto agitado.

Jacint. Gertrudis: : Adentro está.
¡Valgame Dios, qué tormento
me confunde! ¡Qué ansias crueles
se apoderan de mi pecho!
¡Felipe:: no me he engañado,
y el que le acompaña, creo
que se dirigen aquí!
¡Qué bien fundé mis recelos!
¡Gertrudis, Gertrudis!

Sale Gert. ¿Quién
me llama? ¿Pero qué veo?
¿Qué es lo que tienes Jacinto,
que tan turbado te advierto?

Jacint. Degé el parte, y el fusil,
y à verte, mi bien, bolviendo
he visto que se dirige
Felipe el Tambor (yo tiemblo!)
con otro aquí.

Gert. Si, es verdad;
me ha encargado que un almuerzo
para él, y su Camarada
les tubiese.

Jacint. ¡Cruel tormento!
¡Ah Gertrudis, tu virtud,

y tu inocencia están lejos
de conocer la malicia
de Felipe! Yo comprendo
que al que le acompaña, tú
no conoces.

Gert. No por cierto.

Jacint. Pues es:— *Gert.* Quién?

Jacint. Mi Coronél,
que à verte viene encubierto.

Yo ayer mañana le vi
acechando ácia este puesto;
me detuve; con Felipe
estubo hablando en secreto,
y à tu barraca miraban;
y pues hoy buelve, recelo
que no puede ser el fin
que traiga, Gertrudis, bueno.

Gert. Pero ¿qué fin puede traer,
que no sepa contenerlo
mi estimacion, y constancia?
Me ofendes si dudas esto.

Jacint. ¡Ay Dios! Ya los dos se acercan,
y esconderme aquí no puedo
sin que sospechen. Me voi;
pero apenas lleguen buelvo,
y oculto detrás de ese arbol,
tendrás mi favor, si hai riesgo.

Gert. Dices bien, Jacinto mío,
retirate, y te prometo,
que sea mi resistencia
su confusion, y escarmiento.

*Vase Jacinto por detrás de la barraca, y
salen el Coronél, disfrazado con un ves-
tido chambergo pobre, y sable, y
Felipe como antes.*

Coron. Como algo distante está
en varios acampamentos
nuestra Tropa dividida,
y es tan temprano, me atrevo
à venir de esta manera
disfrazado; pues comprendo
que no podrán por aquí
conocerme.

Felip. Eso es mui cierto;
pero allí está nuestra moza,

lleguemos à ella.

Coron. Lleguemos.

Buenos dias Señorita.

Gert. Bien venidos Caballeros.

Felip. ¿No ha venido mi muger?

Gert. No Señor.

Felip. Yo lo celebro.

à parte.

¿Ni vuestra madre?

Gert. Tampoco;

y en verdad que lo deseo.

Coron. Por qué?

Gert. Porque me hacen falta
las cosas de que carezco,
y fue à comprar su merced.

Coron. Nada puede echarse menos
donde vuestra peregrina
belleza está, que en efecto
la mas hidrópica vista
se satisface con veros.

Gert. Las lisonjas no me alteran,
porque sé lo que merezco.

El Coronél es. ¡Dios mío *à parte.*
asistidme en este empeño!

Coron. Hermosísima Gertrudis,
las verdades jamás fueron
lisonjas. Yo te aseguro
por esa nieve, que incendios
ocasiona en mi rendido
corazon:— *vá à tomarla la mano, ella*

Gert. Esos estremos, *(se retira.*
Señor Soldado, contenga,
pues tales atrevimientos
no se permiten en esta
bumilde barraca.

Felip. Es cierto;
pero esto ha sido una chanza;
traiga usted vino al momento,
y los mejores bocados,
queoros son triunfos.

Gert. Por ello
voi al instante. ¡Ay Jacinto, *à parte,*
tu situacion compadezco!

Coron. Felipe, ¿qué me sucede?

Yo me abraso al vivo fuego
de sus ojos.

Felip. Pues Señor,
lo que à Usia sobra es tiempo

para chamuscarse Ahora
contenerse es lo primero
para que no desconfie
la muchacha, que en extremo
es honrada, con que Usia
disfrace bien su ardimiento,
y sus expresiones, como
el traje que le ha encubierto.

Coron. Yo no sé cómo podré
observar esos preceptos;
mas yá buelve.

*Sale Gertrudis con cuchillo, otras botellas,
y servilleta.*

Gert. Aquí está el vino. *(las botellas.*

Felip. Venga que eso es lo primero. *toma*

Cor. Yo tambien quiero ayudarte. *vá á to-*

Gert. Perdonad, no lo consiento; *(mar la*
pues mi obligacion, y oficio *(servilleta.*

es servir con todo afecto
à los que vienen à honrar
mi humilde barraca: buelvo. *se entra.*

Coron. ¡Qué graciosa es, y qué viva!

Felip. Su viveza es mucho cuento.

Puede arder en un candil
la muchacha: desde luego
si fuera posible hacer
un cambio, diera al momento
por ella mi muger propia,
y el pré de un mes. Mas yá advierto
que buelve, sentemonos,
y este licor probaremos.

Se sientan. Felipe bebe, y sale Gertru-
dis con dos vasos, que pone sobre
la mesa.

Felip. Qué viene aquí? Gert. Fricasé
de despojos de Aves. Felip. Pero
qué aves son? tiples, ò bajos?

Gert. De gallinas.

Felip. Esto, es bueno.

Y en este plato ¿qué viene?

Gert. Unas manos de carnero.

Felip. ¡Qué fortuna de animal!

Venir à parar sus huesos

en que se los chupe yo.

¡Quándo lo pensáran ellos!

Mas vamos echando un trago

à la salud del perfecto,

y eficaz poder de amor,

que sabe rendir los pechos.

bebe.

Coron. Eso es justo; mayormente
quando es brindis en obsequio
del mérito peregrino

de esta nifia: este embeleso

de mi amor: eche usted vino, *della, que*

y tú canta mientras bebo. *(lo hace.*

Felip. canta. Pues todo lo avasallan

las flechas del amor,

viva de la hermosura

el triunfo superior.

Coron. Viva, y viva mi Gertrudis,

que ha logrado de mi pecho

el triunfo, rindiendo todas

mis potencias.

Felip. Yo me alegro

de que haya alcanzado esta

nifia tal merecimiento.

Gert. Con el permiso de ustedes.

Coron. Espera solo un momento;

porque mientras mas te miro

mas en dulce amor me enciendo.

Felip. Está este caparazon

que puede chuparle un muerto.

Bebamos. *lo hace.*

Coron. Toma la paga *la dá un doblon de*
de este delicado almuerzo. *(à ocho.*

Gert. Señor, yo no tengo can bio.

Coron. Tomale, que nada quiero.

Gert. Perdonad: ¿Un doblon de à ocho
no veis que es mucho dinero?

Felipe le cambiará,

y me satisfará luego. *le deja sobre la*

Quedaos con Dios. *vase. (mesa.*

Coron. Voi tras de ella

por si à mi alhago la venzo.

Ten cuidado si alguien llega,

y avisa. *se entra.*

Felip. Pero antes bebo:

tomemos esta onza de oro,

y ahora otro traguito echemos. *bebe.*

B:

Ja-

Jacinto se deja ver detrás del árbol.

Jac. Sagrados Cielos, qué he visto!
¡El Coronel se fue adentro
siguiendo à Gertrudis! ¿Cómo
à este mal daré remedio?

Felip. Mas quiero yo dar à un vaso
lleno de buen vino un beso,
que hacer un cariño à una
muchacha. Mas ya me he puesto
capáz de batirme solo *se levanta bor-*
con un Egército entero. (racho.

En siendo General, que
segun los pasos que llevo
no discurro tarde mucho,
à fé de quien soi prometo
dar cada dia al Soldado
quatro quartillos y medio
de buen vino, y al Tambor
media arroba, pues con esto
será mi tropa la mas
valiente del Universo.

Jacint. Mucho tarda el Coronel,
y resistir mas no puedo. *sale.*
Felipe, el Cielo te guarde.

Felip. Ola ¿Jacinto qué es esto;
tú por acá? Ven à echar
un traguito. *Jac.* Lo agradezco.

Felip. Vén, y muerase la muerte.

Jac. No sabes que no lo bebo?
Del tercer batallon eres.

Felip. Y qué tenemos con eso?

Jac. Que te acomoda mui bien
el oficio de tercero.

Felip. Eso es llamarme alcahuete,
aunque lego bien lo entiendo.
Dame aqui satisfaccion
con el sable. *le saca con mucho trabajo.*

Jac. No te encuentro
capáz de refirir ahora;
puede lo estés en durmiendo.

Felip. Vivé Dios te despanzurro,
si no riñes al momento. *vá acia Jacinto.*
Pero tropecé y caí. *(y cae.)*

Sale Jacin. Ay mi marido! ¿Qué es esto?

Jacint. Las acciones tan indignas
de tu marido, contemplo

que la muerte merecian;
pero estar como le advierto
ha podido contenerme.

Jacinta. Pues ha sido mui mal hecho,
que à un picaro se castiga
como quiera que esté.

Felip. Es cierto;
sobre que me quiere mas
mi muger que yo la quiero.

Jacinta. Vén, picaro, à la barraca
à dormir el lobo. *levantandole.*

Felip. Pero,
muger, si me arrempujaron,
dime, ¿yo qué culpa tengo?

Jacinta. Quándo te arrempujarán
los Diablos en el Infierno?

Felip. Dame, por Dios, hija mia
otro traguito.

Jacinta. Un veneno. *se lleva à la barraca.*

Jacinto. Ni escucho ruido, ni salen.

Mas yá venir los advierto.

La misma barraca sea
quien me oculte. ¡Cruél tormento!

Se oculta detrás de la Barraca, y sale
Gertrudis huyendo del Coronel.

Coron. Deteneos vida mia.

Gert. Yá he dicho à usted que primero
la vida sabré perder
que faltar pueda à lo honesto.

Coron. En tus manos solicito
jurarte mi amor sincero.

Jacinto. Fuerte lance!

Gert. Pues mi mano, *le toma de la mesa.*
y este cuchillo en mi pecho
abrirán puerta por donde
dar pueda el ultimo aliento,
si no os conteneis. *Coron.* Tus iras
con mi fino amor desprecio. *vá à ella.*

Gert. No hai quien me socorra?

Sale Jacinto. Sí.

Dese usted al punto preso,
señor Soldado.

Coron. De qué orden?

Jacinto. De orden del Rei, que asimesmo
por sus Reales Ordenanzas

lo manda en casos como éstos.

Coron. Sabes quién soi?

Jacin. Un Soldado

como yo no mas. No veo en vos otra insignia: os hallo violentando el honor terso de esta infeliz, que el amparo pide à su ultrage; y procedo como el Rei, y mi honor mandan, su claro honor defendiendo.

Coron. Pues yo soi tu Coronél.

¿Me conoces? *le enseña la venera.*

Jac. Os respeto como à tal.

Coron. Pues vete al punto.

Jacini. Usia deme el egemplo retirandose.

Coron. Te atreves

à disputar mi precepto?

Jacini. El honor asi lo exige.

Coron. Pues asi enseñarte debo à obedecerme. *le dá un bofetón.*

Jac. Y yo asi *saca el sable, enviste, y el* he de quedar satisfecho *(Coronél se de- fiende.*

Coron. Temerario qué intentas?

Jacini. Mi vituperio

lavar con tu propia sangre.

Gert. Tente infeliz que te pierdo,

y me pierdes para siempre.

Señor, por Dios deteneos.

Coron. Ah de la Guardia! Acudid à este sitio.

Al ir Jacinto à dar un golpe al Coronél con el mayor furor, sale el Sargento, y su Patrulla.

Sarg. Pues qué es esto?

¿Mas qué miro! El Coronél:::

y Jacinto! Ola! Prendedlo.

Rindete, ó muéres, Jacinto.

Jac. Quisiera negarme, Cielos, este alivio! Ya me rindo.

Da el sable, y le aseguran.

Gert. Ah Señor! Por Dios os ruego *(délap.*

que en vuestro pecho oculteis

un delito tan horrendo,

¡Compadeced mis suspiros,

y mi llanto! *Coron. Nada atiendo.*

Atad luego à ese atrevido,

y llevadle al punto preso *le atan.*

à la Prevencion. La vida

le ha de costar este exceso.

Sarg. No hai delito mas atroz

que la falta de respeto,

y de subordinacion.

Gert. Ay de mí! Cómo no muero!

Jac. No me consterna este estado

tan desgraciado y funesto;

no haberte dado la muerte

solamente es lo que siento,

porque asi satisfacian

el insulto que me has hecho.

Vamos, amigos, llevadme,

que solo morir deseo.

Y en suerte tan infeliz:::

Gert. En tan tirano tormento:::

Coron. En injuria tan atroz:::

Jac. Juro::: Gert. Aseguro:::

Cor. Prometo::: Jac. Que sea eterna mi fé.

Gert. Que sea mi amor eterno.

Coron. Y mi venganza horrorosa.

Jac. Porque fiel::: Gert. Fina:::

Coron. Y sangriento:::

Los tres. No! pueda la misma muerte

olvidar lo que deseo.

ACTO SEGUNDO.

Selva corta: el telon del foro será de tiendas de Campaña, habiendo una en cada bastidor de los dos primeros, y sale Jacinta.

Jac. **D**Urmiento queda su lobo el brivon de mi marido; y entre tanto yo curiosa

exáminar solícito à la parte que conducen al desdichado Jacinto.

Su

Su culpa dicen que es grande;
y si acaso en este sitio
le detienen, no hai que hacer,
le pondrán al pobrecito
en el Consejo de Guerra,
y sin duda su peligro
será el mayor. ¡Qué dolor
me causa! Pero exámino
que es la que aquí se presenta
para su mayor conflicto,
la señora Rosalía.
Pues à darla me anticipo
la noticia, que aunque es mala,
que la sepa es mui preciso,
para ver si à tanto daño
buscar puede algun alivio.

Salen Rosalía con algunos cestos que manifiesten provision para su barraca.

Rosal. Jacinta, fuera de tu barraca, y en este sitio à esta hora! ¿Pues cómo es esto?
Jacinta. Amiga, me ha conducido aquí solo la desgracia de nuestro pobre Jacinto. (do.

Ros. Qué desgracia? Dila, acaba. temblan-

Jacinta. Una Patrulla me han dicho que echó mano al infeliz, y le ató; siendo el motivo haber sacado su sable contra el Coronél, que quiso à vuestra hija sorprender en su barraca. *Rosal.* Qué he oído!

Salen Gert. Ah madre mia! corriendo, y se

Rosal. Gertrudis, (abrazà à su madre. hija mia, di, ¿qué ha habido?

Gert. La mayor desdicha. Ese monstruo sangriento, ese impio Coronél del Regimiento de nuestro amable Jacinto insultarme pretendió; éste se opuso: atrevido el Coronél le injurió, precipitado, sin juicio, y ciego: à ofensa tan grave, tiró el sable vengativo

Jacinto: de él se defiende su ribal: à su voz vino la Patrulla, y le mandó llevar preso, tan altivo, que ha jurado que sus dias acabará en un suplicio. Yo, temblando como veis, confundida, y sin destino, corro::: Mas yá le conducen! ¡Vedle madre! Cruel martirio!

Rosal. Huyamos, hija, de verle, à un estremo reducido tan funesto. Yo no tengo valor para ello. El peligro à que está expuesto es inmenso, no perdamos los propicios momentos, que puedan darle todo favor, todo asilo.

Gert. Vamos, Señora, y si acaso librarle no conseguimos, muera Yo, porque la vida sin mi esposo no la estimo. *vase.*

Jacinta. Por mas que quiera, tampoco esperarle en este sitio podrá la infeliz Jacinta. Yá le traen! Pintado miro el desconsuelo en su rostro! Qué lástima! Pobrecito! *vase.*

Salen el Sargento, y los Soldados que conducen à Jacinto atado.

Sarg. Entre ahí el reo: vosotros poneos de centinela, con el mas grande cuidado à la puerta de la tienda: Y vosotros arrimad las armas. Aquí me ordena à parte. el Aydante le traiga, y que espere hasta que él venga à traer otra orden: Todo esto, y tener nosotros hecha ya nuestra declaracion, huele à Consejo de Guerra.

Jacinto. Si el sangriento Coronél se valiese de la fuerza que en sí tiene la Ordenanza, y del furor con que alienta,

no hai remedio: esta infelice vida preciso es la pierda.
¡Justo Cielo, protegedme, pues conoceis mi inocencia!

Le entran en la tienda, y se ponen los dos centinelas atravesando los fusiles en su entrada, los demás arriman las armas.

Sarg. Juzgo que al pobre Jacinto le llegó su hora postrera.
Abrir el ojo Señores. *à los Soldados.*
Cuidado con lo que expresan las Ordenanzas, porque al que las quebranta cuelgan.

Sale Rosalía, y Gertrudis muy agitadas.

Ror. Corre, hija mia, no creo que el Sargento nos detenga.

Sarg. Señoras, tenganse ustedes; ¿dónde ván de esa manera?

Gert. Señor Sargento, por Dios permita usted que nos vea el pobre Jacinto. Deje que acompañemos su adversa situacion, solo un momento. Esto espero nos conceda.

Sarg. No puedo decir à ustedes el tormento que me cuesta el no poderlas servir.

Ustedes saben lo estrecha que es mi Religion, Señoras; la orden que yo tengo expresa es de que no hable con nadie, ni permita que le vean.

Gert. El buen corazon de usted discurro que si pudiera no me negará esta corta satisfaccion; mas mi queja se dirige à la crueldad de aquel que así se lo ordena. Y aun estoi bien persuadida à que conspire su fiera barbaridad à quitarle la vida porque yo muera.

Rosal. El temor de ese peligro

mi corazon desalienta.

Sar. Ah Señoras! Con razon temeis esas consecuencias, porque apenas fue arrestado, el Coronel le dió cuenta à su padre el General, y al instante su Excelencia dispuso que se formase el proceso con aquella prontitud que en la campaña se estila, y se experimenta, y mayormente en el caso de retirada: con que estas disposiciones, y haber mandado se condujera hasta otra orden aqui al preso, claramente manifesta, que en aqueste mismo dia se hará el Consejo de Guerra, y se cumplirá tambien la sentencia siendo adversa.

Gert. Ay Dios! Ese cruel dolor mi corazon atraviesa.

Sale el Ayudante. Señor Sargento.

Sarg. Qué manda usted, mi Ayudante?

Ayud. Atienda esta orden. *hablan los dos*

Gert. Ay madre mia! *(à parte.*
Qué mal tan grande recela mi corazon!

Ror. No así dejes que te domine la fuerza del sentimiento, esperemos de la sábia Providencia que ha de darnos, hija amada, remedio al mal que nos cerca.

Sarg. Bien está, quedo enterado de lo que aqui se me ordena.

Ayud. Conducidle en el instante porque ya el Consejo espera.

Sarg. Voi à obedecer: Por Dios que esto vá con mucha priesa.

Rosal. Hai alguna novedad?

Gert. Sea próspera, ó adversa, por Dios nos la diga usted: Tened compasion de nuestra situacion! ¿Puede saberse

la orden? *Sarg.* No hai contingencia en declararla, Señoras:

Se reduce á que está ya hecha (pues en campaña estos casos con gran prontitud se llevan)

la informacion, el Padrino nombrado, puesta la tienda en que debe celebrarse

hoi el Consejo de Guerra: convocados los vocales,

que preside su Excelencia, y despues el Brigadiér,

y que me mandan que sea conducido al punto el reo,

sin que permíttele pueda que le hablen en el camino:

la orden, Señora, es esta.

Gert. Infelíz Gertrudis! *Ros. Hija.* *Gert.* Yo fui la primera

causa para que mi esposo su preciosa vida pierda!

Ay Dios! Resistir no puedo el dolor que me atormenta.

Sarg. Qué lastima de muchacha! *ap.* ; Me aflijo solo con verla!

Rosal. Hija no desperdiciemos el tiempo. Vamos apriesa á ver si el grande peligro de Jacinto se remedia.

Sarg. Sí Señora, el mejor medio es acudir con presteza al General: es benigno:

tiene dadas muchas pruebas en el poco tiempo que hace

vino á mandar su Excelencia, de que es sensible á los gritos de la humanidad: Se encuentra

en su magnánimo pecho mi generosa clemencia: busno

A ustedes escuchará tranquilo, y dádole cuenta de todas las circunstancias

ocurridas: creo sepa con minorar el delito

hacer mas leve la pena.

Rosal. Vamos hijas no perdamos los momentos que nos quedan

Gert. Vamos, si me lo permite mi desaliento: la tierra

que nuestro General pise sabré besar, porque atienda

mis dolorosos gemidos en favor de la inocencia.

Por Dios pido á usted consuele á ese infeliz, pues me cuesta

tantas lágrimas que pueden enternecer á una piedra.

Sarg. Lo haré: los portafusiles otra vez ustedes-buelvan

á ponerle; mas cuidado, pues aunque yo compadezca

su situacion, son precisas todas estas diligencias,

y por él no he de exponerme á perder yo mi cabeza.

Salen los Soldados, que conducen á Jacinto, atado, y asido de los portafusiles: pues-

tos los fusiles á la espalda, y con sable en mano.

Jacinto. En tan rigoroso trance, Soberana Providencia,

no abandoneis al que invoca vuestro favor y clemencia.

Se le llevan mui despacio, y por el lado opuesto sale el Coronel.

Coron. Ya al Consejo le conducen: mi venganza será cierta,

pues no le movió su honor sino su vil pasion ciega.

Sale Gertrud. *Gert.* Mi madre corre á los pies del General: mientras llega

quiero ver si en este cruel alguna piedad se encuentra.

Señor::

Coron. Qué pretende usted?

Gert. Qué quiere Ustia pretenda sino encontrar en su noble

y fiel corazon clemencia?

Yo solo, Señor, imploro el favor de su grandeza

para el infeliz Jacinto,
y aguardo sensible sea
Usia á la humanidad,
y á quien en su asilo espera.

Coron. Y encuentra usted que sea justo
el perdonar la insolencia
de un temerario, un malvado,
que á mí se atrevió? Pues piensa
mui mal, Señora; ese reo
es digno de que padezca
todo el castigo que impone
la lei á su inobediencia.

Gertrud. Y no puede disculparle
Usia su inadvertencia,
ò sea, en fin, su atentado,
reconociendo que aquella
poca libertad con que
procedió fue ligereza
de un primero movimiento,
que la ira causa ò engendra,
mayormente al contemplar
puesta en su rostro su afrenta?
Este amargo sentimiento
hizo que desconociera
la elevacion del ribal,
y hoi lo sentirá por fuerza:
con que, Señor, esta falta
de respeto, de prudencia,
y de subordinacion,
Usia, si bien lo piensa,
por su propia estimacion,
perdonarsela debiera.

Coron. Es verdad: la ira nacida
de una celosa vehemencia
debo perdonarla, es esto?
Pues no hallo arbitrio aunque quiera
para servirla, Señora:
en el Consejo de Guerra
las facultades están:
espere de su sentencia
el bien, ò el mal, pues mi asilo
de nada puede valerla;
además, que los que son
temerarios escarmentan
con el castigo. En efecto,
si usted quiere que interceda
por la libertad del reo,

corresponda á mi terneza
amorosa; pero noble,
llena de ardor, mas honesta;
y puede ser que mi influjo
haga que el reo no muera.

Gertrud. Tal se atreve á pronunciar
vuestra injusta, vuestra ciega
barbaridad! Justiciero
sumo Dios, ¡cómo no vengas
esta crueldad tan atróz,
y esta insoportable ofensa!
No, inhumano, no: primero
que á esa ignominia sujeta
me mire: primero que
falte de mi pecho aquella
heroica virtud de mi
constancia, mi esposo sea
inmolado en las tiranas
aras de vuestra inclemencia.
Y aun sea mi propia vida
á vuestro rigor expuesta.

Mas qué digo? No Señor;
vuestro honor, vuestra nobleza,
no es posible sean capaces
de querer que una vileza
pueda ser quien proporcione
el iris á la tormenta;
que remedios tan indignos
á enfermedades tan ciertas,
mas ofende al que los dá,
que al mismo que las padezca.

Coron. Hermosa Gertrudis, yo
favorecerte quisiera,
mas no puedo: del Consejo
tu bien, ò tu mal espera. *vate.*

Gertrud. Bárbaro, injusto, inhumano,
que abusas de esa manera
de tu sangre y nacimiento,
¡no te horrorizas, no tiembles
de proponer un delito
para salvar la inocencia!
Teme aquel justo castigo
que merece tu impureza.
Morirá Jacinto, sí,
será tu venganza cierta;
mas no habrá día, no habrá
instante en que tu conciencia

no

no te acuerde tu perfidia,
Se estampará de manera
su sepulcro en tu memoria,
que servirá de sangrienta
tortura que despedace
tu corazón, pues se niega
à la piedad. Este golpe
sufirás, sí, pues mis quejas,
mis ayes conspirarán
contra tu perfidia; y estas
súplicas, que al Cielo envío,
quizá queden satisfechas,
padeciendo mientras vivas
males, sustos, ansias, penas. *vase.*

Se descubre una gran Tienda de Campaña con la posible magnificencia, estendiéndose hasta los bastidores, en la que ha de celebrarse el Consejo de Guerra: Habrá una mesa en medio, y sobre ella el libro de las Ordenanzas, papeles, escribanía y campanilla: una rica silla en el lugar preeminente: otra en el mismo à su izquierda, y otra para los vocales. Salen el Brigadiér, Sargento Mayor, Capitanes, el Teniente, que es Padrino, el Ayudante, y otros Oficiales.

Brig. Señores, en este caso insta la priesa, y estrecha la eficacia, pues el orden para marchar esta misma noche se nos ha intimado à todos por su Excelencia.

Sarg. Mayor. Las Ordenanzas previenen que la falta de obediencia, y respeto se castigue, y pues el reo se encuentra tan culpado, no debemos indultarle de la pena. Sin subordinacion ¿cómo los Ejércitos pudieran subsistir? De la Milicia todo el fundamento es ella: tratase, pues, de esta causa.

Brig. No es posible hasta que venga el General, porque quiere

que se juzgue à su presencia; y yo llevo à discurrir que le conduce à esta Scena lastimosa solamente un impulso de clemencia, porque como el ofendido es su hijo, pienso pretenda ver si por librar al reo, algun justo arbitrio encuentra; pero yá la marcha dice que ha llegado su Excelencia. *tocan*

Ayud. El es sin duda. *dentro marcha,*
Brig. Pues vamos *cajas y pitos,*
à recibirle à la puerta. *(traño!)*

Sarg. May. Que presencie este acto es-

Pasan à recibir al Marqués, que sale con algunos Oficiales, y Criados, y estos se retiran.

Todos. Guard Dios à Vuecelencia.

Marq. A Dios Señores: ¿Están todas las cosas dispuestas para este acto? *Brig.* Sí Señor.

Marq. Yo espero que quanto sea graciable sin quebrantar las leyes de la conciencia, ni de la ordenanza, al reo infeliz se le conceda; y pues el tiempo es mui breve para el Consejo de Guerra, tomad asiento: la causa se proponga, y se defienda, y confirmada al instante se egecute la sentencia.

Se sienta el Marqués en el lugar superior: el Brigadiér à su izquierda, el Sargento Mayor à la derecha de la esquina de la mesa, y al otro lado el Teniente que hace de Padrino: los Capitanes, dos en cada lado: el Ayudante, y los otros Oficiales quedan en pie: habrá un banquillo al lado derecho para el reo.

Marq. Hable el Mayor para que los demás hacerlo puedan

à su tiempo. *Se levanta, y des-*
Sarg. May. Yá obedezco. *(cubre para to-*
 Las Ordenanzas enseñan *(mar la venia,*
 que es la subordinacion, *(se buelve à*
 quien forma la subsistencia *(sentar, y*
 de los Exércitos, y esto *(se cubre.*
 lo acredita la experiencia:
 al que à ella falte le imponen
 el castigo que la régia
 legislacion encontró
 por mui conveniente, y à esta
 disposicion no se puede
 faltar en la mas pequeña
 circunstancia: Esto supuesto,
 el reo que hoi se presenta
 à este Tribunal, lo es
 de una culpa tan horrenda
 como la de haber usado
 de arma contra la mesma
 persona del Coronel:
 asi lo afirma, y contesta
 la Patrulla que le puso
 preso, pues le vió con ella
 queriendole herir; y pues
 es por su naturaleza
 tan criminal, tan horrible
 este atentado, es bien tenga
 el reo el justo castigo
 que su atroz delito aprueba;
 y para su execucion
 no es facil se le conceda
 mas tiempo que aquel preciso
 que en campaña se dispensa
 para que se reconcilie,
 que asi muchos escarmientan.
Marq. Es verdad: à la Justicia
 se ha de dár la preferencia,
 mas por esto la piedad
 no es bien de vista se pierda:
 que aunque en el sumo Hacedor
 estas dos iguales sean
 en su infinita bondad,
 siempre parece supera
 de algun modo à la Justicia
 su soberana clemencia:
 con que asi, Señores, siendo
 el reo, segun me expresan,

un Soldado de valor,
 honrado, y que su prudencia,
 y espíritu ha acreditado
 en ocasiones diversas,
 atiendase à su delito,
 y à su merito se atienda:
 dónde está el reo? *Ayudante.*
Ayud. Señor, esperando à fuera.
Marq. Pues haced que éntre al momento.
 Qué obligacion tan tremenda!

El Ayudante para al bastidor, hace señal,
y sale Jacinto en chupa y casaca con la
Partida que le conduce, la que se vá à la
voz del Ayudante, desatandole
antes.

Ayud. Retiraos. *Marq.* Hombre infeliz,
 en ese lugar te sienta:
 tu atentado horrible escucha,
 y dá claras las respuestas
 à las preguntas que te hagan.

Jacinto. Inefable providencia,
 vuestra infinita bondad
 mi corazón fortalezca.

Marq. Juras à Dios, y à tu Rei
 no mentir en la materia
 en que seas preguntado?

Jacinto. Sí lo juro; dura pena!

Brig. Cómo te llamas? *Jacinto.* Jacinto.

Brig. Tu apellido? *Jacinto.* Villanueva.

Brig. Y quando sentaste plaza
 fue voluntario, ò por fuerza?

Jacinto. Con toda mi voluntad.

Brig. Qué edad tienes?

Jacinto. Creo que llega
 à veinte y quatro años, no
 cumplidos. *Brig.* Di, de qué tierra
 eres? *Jacinto.* Soi de la Ciudad
 de Fraga. *Brig.* Y tomaste en ella
 plaza?

Jacinto. En Zaragoza.

Brig. Tienes padre?

Jacinto. Murió en la postrera
 campaña.

Brig. Y qué tiempo habrá
 que sirves?

Jacinto. Yá por mi cuenta
cumplí três años.

Marq. Y cuál
tu intencion, infeliz, era
quando contra el Coronel
faltandole à la obediencia
sacaste el sable? Sin duda
no quisiste hacerle ofensa.

Jacinto. No Señor, yo saqué el sable
para mirar satisfecha
la que él me hizo.

Marq. Cómo?

Jacinto. Cómo?
dandole muerte sangrienta.

Marq. De este modo ignorarías
las Ordenanzas, que enseñan
à respetar à sus Gefes,
pena de la vida. Es fuerza
que se haya pasado mucho
tiempo sin que te las lean.

Jacinto. Todos los dias, Señor,
en la Compañia nuestra
un Sargento las leia,
y yo sé bien lo que ordenan.

Marq. Quizá que con la alegría
de que acabada se observa
esta Campaña, que marcha
tu Regimiento, y que llega
el momento de poder
à tu Patria dár la buelta,
algun licor beberías
que perturbó tu cabeza.

Jacinto. Ni vino, ni otro licor
que perturbarme pudiera
probé jamás.

Marq. Qué dolor! *à parte.*

El es el que se condena
mas que su propio delito:
no hai remedio; fuerza es muera.
Mira que nada respondes,
hijo, que te favorezca.

Jacinto. Quanto tengo que decir
he dicho yá.

Marq. Su entereza, *à parte.*
y noble semblante, que
acreditan su sincera
declaracion, me lastiman,

y el dolor mas me acrecientan;
pero no encuentro recurso
que su desgracia contenga:
hable el Padrino del reo.

Tenien. Solo al Consejo de Guerra *(se le-
haré presente, Señor, (vanta y descu-
que jamás hubo una queja (bre para
de este Soldado en el tiempo (hablar.
que hace sirve, y por la misma
razon no tuvo tampoco
la reprehension mas ligera.
Que ha servido exáctamente,
distinguiendose en diversas
ocasiones entre todos,
como asi lo manifiestan
haberle herido dos veces
en las funciones que en esta
pasada Campaña ha habido.
Por lo que mira, y respecta
al descargo del delito
que se le nota, quisiera
para cumplir con mi oficio,
fundando bien su defensa,
que me la hubiera expresado;
pero queriendo saberla
de su boca, respondió,
que en el caso de tenerla
à esta Superioridad,
él mismo la haria. En prueba
de esta verdad, al Consejo
suplico, que le haga fuerza
para que declare quanto
à su defensa convenga.*

Sarg. May. Ninguna puede tener
à vista de las respuestas
que él mismo ha dado al Consejo.
¿Y para qué mayor prueba?

Marq. Mas sin embargo, escuchemos
su disculpa: nada temas
infelice, y à favor
tuyo habla, no te detengas.

Jacinto. Señor, solo decir puedo
que me cansa y me molesta
esta vida, à quien confunde
un inmenso mar de penas.
Callaré, que el bofeton *à parte.*
me dió, pues, tan grande afrenta,

y sin poderla vengar,
 es peor que la muerte mesma.
 Yo sé que es inexorable
 la lei; sé que me condena;
 sé que el delito me arrastra,
 y sé que mi suerte adversa
 no tiene, Señor, remedio;
 y así en esta inteligencia,
 solo suplico al Consejo,
 y espero me lo conceda,
 que no quiera sentenciarme
 à una cruel muerte que sea
 ignominiosa por sí;
 y no será en vano advierto,
 que para esta peticion
 justos motivos se encierran
 en mi pecho, que no puedo
 en situacion tan funesta
 declarar. Sola esta gracia
 espero de vuestra recta
 justificación Señor
 Excelentísimo. Tengan
 mis lágrimas este alivio;
 que así postrado en la tierra,
 de vuestro gran corazon
 creo que este honor merezca.
 Muera yo como Soldado *à parte.*
 afrentado; mas no muera
 como quien soi, padeciendo
 mas que en la muerte en mi afrenta.

Marq. Alza del suelo. Confía
 del Consejo en la clemencia.

¿Qué es lo que falta?

Brig. Señor,
 que à su prision se le buelva
 al reo, que la Ordenanza
 que habla de su culpa lea
 el Mayor; y que se dé
 segun diéte la sentencia.

El Ayudante hace seña, entran los Soldados que conduxeron à Jacinto, le buelven à atar, y se le llevan: vanse igualmente el Ayudante y Oficial.

Marq. Despejad.

Jacinto. Dios mio, si esto

me conviene à tu suprema
 voluntad, la mia está
 pronta, rendida y sujeta.

Brig. Leed, Mayor, la Ordenanza.

Sarg. May. Dice: Al Soldado que ofenda
 à su Gefe, se le corte *(toma y lee en*
 la mano derecha, y muera *el libro.*
 ahorcado para escarmiento,
 en lo que tanto interesa
 el Real Servicio.

Brig. Un Suplicio
 como ese, pide por fuerza
 mucho mas tiempo, y debiendo
 al instante que anochezca
 el Regimiento marchar,
 no hai lugar para que sea
 muerto de ese modo; y aunque
 tres horas se le concedan
 de Capilla *(pues así*
 en la Campaña se observa)
 para disponerse, como
 confirmar nuestra sentencia,
 con vista del Auditor,
 debe despues su Excelencia;
 para executarse, creo
 faltase el tiempo por fuerza;
 y por mas ejecutivo
 voto, que pasado sea
 por las armas.

Capitanes. Eso mismo decimos.

Brig. De esa manera
 no es necesario votarlo,
 sino firmar.

Marq. Que no pueda *à parte.*
 à este Joven desgraciado
 librar de la muerte!

Brig. Muera
 alcabuceado. *firma, y lo mismo los*

Marq. Qué amargas, *(Capitanes.*
 qué terribles y funestas
 pensiones! La humanidad
 clama, y no es facil la atiendan.

Brig. Solo resta confirmar
 por Vucencia la sentencia,
 vista por el Auditor,
 para que su efecto tenga.

El Marqués toca la campanilla y sale el Ayudante.

Ayud. Qué mandais Señor? *Marq.* Llevad, para que al punto la vea, esa causa al Auditor, y decidle la debuelva con prontitud.

se la dá.

Ayud. Bien. *Brig.* Si acaso se confirma la sentencia, que pongan en la Capilla al reo, y que esté dispuesta la manga de Granaderos que ha de tirarle: Usted vea las armas, y los cartuchos para que estén como ordena la militar disciplina; y apenas concluido sea el suplicio, el Regimiento desfile con marcha lenta à la vista del cadaver, que aunque la noche por fuerza yá habrá llegado, omitirse no puede esta diligencia. Pase luego à incorporarse sin que en nada se detenga à la Brigada que mando, y siga la ruta mesma, que dice el Itinerario que ha estendido su Excelencia.

Ayud. Voi enterado de todo.

Marq. Pues es preciso obedezca este acto del real servicio, dadme tiempo porque pueda ver solo lo que he de hacer en situacion tan funesta.

Brig. Gustosos obedecemos.

Dios prospere à Vuecelencia.

Todos. Para bien de sus Soldados, y honor de la Patria nuestra. *vanse.*

Marq. Valgame Dios! ¡Qué inquietud tan nunca vista se encuentra en mi triste corazon!

¿Qué confusiones son estas, y quién las produce? Ignoro quién son, y la causa de ellas.

Este Soldado en su rostro ser delinquenté no muestra; pues el delito que acusa es el que al semblante altera; y no hai Juez tan riguroso como la propia conciencia, que aquel de una vez castiga, pero muchas veces ésta.

Entre la Ordenanza, mi hijo, y un joven à quien se observa mi corazon inclinado, ¡qué haré para que se viera, sin daño de la Justicia, elevada la clemencia! ¡Mas cómo es posible! Si::: (cia.

Gert. dent. Yo he de hablar à su Excelencia.

Marq. Ola?

Sale un Criado. Qué mandais Señor?

Marq. Dime, qué voces son esas?

Criad. Una joven agitada, triste, afligida, y resuelta, dice que se la permita ponerse à las plantas vuestras, ó que si no despatchada se dará muerte violenta.

Marq. Qué dices? Darse la muerte?

Corre, vé, à mi presencia al momento la conduce. (*vase el Criado.* Quizá de importancia sea lo que me quiera decir: ¡mas mi inquietud se acrecienta!

Sale Gertrudis corriendo, y se arroja à los pies del Marqués.

Gert. Señor, vuestros pies::: Ay triste! Aun respirar puedo apenas.

Marq. Calma tu afliccion: recobra el aliento que atormenta infeliz joven tu pecho: dilo, y tu rostro serena confia en mí, que si puedo haré terminen tus penas.

Gert. Señor, mi grande afliccion, y verme à las plantas vuestras, con un afecto secreto, que à comprehenderlo no acierta

mi

mi corazón, me han quitado todo el uso de la lengua.

Marq. Sosiegate: ¡Yo no sé por qué tanto me interesa la aflicción de esta infeliz, que à consolarla me empeña! No te detengas. Levanta. Háblame claro. Sosiega.

Gert. Compadeceos, Señor, de mi situacion adversa, porque al mayor precipicio desesperada me lleva. Vuestra bondad solamente puede clamar la tormenta que mi bárbaro destino me ofrece para que muera. Para arrojarse conmigo à vuestras plantas excelsas, mi madre me acompañaba; pero à la fuerte violencia de un desmayo constituida, fue preciso la bolviera à nuestra pobre barraca, à donde ignoro si alienta. Pues porque la dilacion el efecto no perdiera, que de vuestro generoso corazón mi llanto espera, he corrido hasta llegar donde me oiga Vucelencia.

Marq. Di, qué quieres?
Qué quietud *à parte.*
en mi corazón se observa!

Gert. Ese Soldado, Señor:::
ese infelice::: Las fuerzas me faltan! Es: *(sale el Criado)*

Criad. Esta causa, *(con los papeles.*
manda el Auditor que en vuestras manos se ponga. *se los dá.*

Marq. Está bien.
Si aprobará la sentencia? *(ap) la mira,*
Triste joven! Confirmada *(y se aflige.*
viene ya! Y firmarla es fuerza! *(pasa à*
Mas qué es esto? Dios inmenso, *(la me-*
por qué así se desalienta *(sa con des-*
mi corazón? Al tomar *(aliento, toma*
la pluma la mano tiembla! *(la pluma.*

Mas qué he de hacer si es preciso que à mi obligacion atienda! *firma.*
Toma, dala al Ayudante. *se la dá.*

Criad. Voi, Señor. *vase.*

Marq. Prosigue. ¿Qué era lo que me decias de ese Soldado?

Gert. Que su inocencia le lleva al suplicio, que su muerte no será pena, sino víctima inmolada à la crueldad mas sangrienta de un poderoso enemigo. Y siendo vuestra clemencia tan propensa à proteger al que inocente se encuentra, este Soldado merece, Señor, todo el favor de ella.

Marq. Sabes su culpa?

Gert. Su culpa no señor, su suerte adversa, su virtud y honor sí sé. Esto es lo que en él se observa.

Marq. Si quiso à su Coronél dár muerte.

Gert. Eso no se niega, pero fue, Señor, porque esperando que yo fuera su esposa, porque mi madre à su honradéz siempre atenta, yá le habia dado el sí, y yo un alma que le aprecia; quiso oponerse, Señor, al rigor, y à la violencia que intentó contra mi honor su Gefe; cuya respuesta à las súplicas que le hizo primero fue una vileza, pues con un bofetón cruel que dió en su rostro le afrenta. Y de un primer movimiento arrastrado, y yá dispuesta con tantos antecedentes la cólera, le presenta el luciente sable, para que de este modo no hiciera, yá que la gravó en su rostro,

en

en mi estimación ofensa.
Marq. Pero no es del Regimiento de mi hijo?
Gert. Si no lo fuera en situación tan amarga creo que nunca se viera.
Marq. Luego mi hijo pretendió manchar tu honor?
Gert. Cosa es cierta, y sin duda lo lograría cansando mi resistencia, si Jacinto no llegara à tiempo, y me defendiera.
Marq. Pero por qué ese Soldado en el Consejo de Guerra eso no dixo?
Gert. Porque al vér pública su afrenta, y su venganza imposible, solo la muerte desea.
Marq. Hijo bárbaro, y sangriento! Es mi exemplo quien te alienta à que à tu furor consagres por víctima la inocencia. Cruél! ¿Pero qué he de hacer *à parte*. firmada yá la sentencia?
Desgraciado Joven! mui enternecido.
Gert. Cielos, *ap. con regocijo mezclado* que su pecho en la clemencia (*en llanto*. miro inclinado. ¡Señor, muevaos à piedad la adversa suerte de mi pobre madre! ¡Esta infeliz no padezca un golpe como éste, yá que otro cruel experimenta! Pues siendo de una gran casa, es hoy una Vivandera por un traidor.
Marq. Pues de dónde es?
Gert. De Castilla la Vieja.
Marq. De Castilla?
Gert. Si Señor.
Marq. Ah memorias que atormentan mi corazón! Dime el nombre de su Lugar, si te acuerdas.
Gert. De Olmedo, Señor.
Marq. De Olmedo?

Gert. Y de ilustre descendencia.
Marq. De Olmedo, y de ilustre Casa?
Gert. Ninguna mejor se encuentra en Castilla.
Marq. Qué he escuchado! *à parte.* Estas voces me consternan y confunden. La memoria::: mi fé::: mi amante terneza::: si esta infeliz fuese::: ¿Dime, tu padre vive?
Gert. Ay Dios! Esa duda, Señor, es la que causa mis mayores penas! Solo sé que sordo à los gritos de naturaleza, el ingrato abandonó con una cruel infidencia todas las obligaciones que juró à mi madre.
Marq. Espera::: sientate à mi lado: vén, vén, hija mía, no temas.
Gert. Señor, qué gozo tan grande en vuestro rostro se observa.
Marq. Sientate, y responde. *lo hacen.* Mi alma me dice que es ella. *à parte.* Cómo se llama tu madre?
Gert. Señor:::
Marq. Mi amor te lo ruega: dime al punto la verdad. No faltes à mi obediencia.
Gert. Qué imperio hallo en vuestra voz, que tan dulce me violenta à que os descubra un secreto que mi corazón conserva.
Marq. Descubrele.
Gert. Pues mi madre es la infelice Condesa de Villa-Serna, Señor.
Marq. Justo Dios! De Villa-Serna? Hija amada. *se levanta para abrazar-*
Gert. Gran Señor, (*la, y ella se retira.* qué haceis? Cielo, acaso sueña mi fantasía, ò delira?
Marq. Tu Padre soi, qué recelas? No te lo avisa tu mismo interior? ¡No vés las señas

infalibles de mi amor
en estas lágrimas: llega
à mis brazos, y los tuyos
à un padre rejuvenezcan,
que te ama, aunque te ha ofendido.
¡Esposa mia! Condesa
amada! En este momento
mis furores se completan.

Gert. Ah, padre querido mio! *corre y le*
cuyo nombre me deleita, *(abrazo.*
y entre la mayor dulzura
à mi corazon anega:
que os he legado à encontrar
en medio de mi funesta
desventura. *Marq.* Sí, hija mia!

Gert. Pues no es posible que pueda
dejar de correr, à dar
esta tan felice nueva
à mi madre. Yo no sé *(dudando por donde*
pordonde el gozo me lleva. *(ir de gozo.*
¡Qué consuelo! Padre mio,
esperad hasta que vuelva. *vase corrien-*

Marq. En fin, Soberano Dios, *(do.*
que à los males que me cercan
vas à dar fin: yo postrado
doi gracias à tu clemencia,
y à los brazos de mi esposa
corro à hacer promesa cierta:::
mas, su situacion::: su estado:::
una infeliz Vivandera:::
podrán permitirme::: cómo?
Esto sería una afrenta
para la alta graduacion
à que mi dicha me eleva.
¿Mas qué digo? ¿La justicia,
el honor, y mi conciencia,
pueden permitirme acaso,
que à su razon desatienda?
¿Los sagrados juramentos,
y las solemnes promesas
que la hice de ser su esposo,
continuaré en ofenderlas,
despues que infiel motivé
sus desastres, y miserias?
El Cielo, aquel justo Cielo,
que lo escondido penetra
del corazon, ¿podrá acaso,

disimular esta horrenda
culpa, este delito atroz?
Cómo ha de poder? Quién piensa
tan bárbaro? Ay Dios! Yá veo
que está vuestra providencia
enseñandome el camino
para que en él no perezca.
Yá veo que los delitos
que en mi hijo amado se observan,
son terribles producciones
que de mis culpas hereda.
¿Pues qué aguardo, que no parto
à dar premio à la inocencia,
à cumplir mi obligacion,
à enlazarme con mi tierna,
y desdichada consorte:
à que ésta mire, y advierta,
que el mismo ingrato, que causa
dió à sus desgracias y penas,
es hoy quien entre sus brazos
la estrecha amante, y consuela;
y en fin, à que el justo Cielo
admitir piadoso quiera,
despues de estado tan triste,
estos votos que presenta
mi humillado corazon
por debida y grata ofrenda?

ACTO TERCERO.

La Scena es la misma que con la que con-
cluyó el acto primero.

Gertr. **D**Exadnos entrar, porque
dentro. **D**su Excelencia nos aguarda.

Rosal. Yo he de ver al General.

Sale el Marq. No las estorveis: dexadlas.

Yo discurro que esta voz,
si el deseo no me engaña, *ve salir à las*
ha de ser::: ¡Pero qué veo! *(dor.*
Ella es sin duda, ¡qué estraña
agitacion me sorprende!

Gert. No os detengais, madre amada,
corred à verle. *Rosal.* Quién puede:::
¡Pero que miran mis ansias!

Marq. Infeliz Condesa, llega,
en estos brazos te enlaza.

D

Gert.

Gert. Oh felices desventuras!

Rosal. Mi confusion, las palabras no me dexa articular!

¿No sois vos (¡quién tal pensára!)

el Marqués de la Colina?

Marq. Si, dulce esposa. Esa gracia

por mis servicios debí

à nuestro invicto Monarca,

para hacerme mas feliz,

al retirarme de Italia.

Mas mi nombre, y apellidos

son Don Juan Guzmán de Lara,

aquel, amable Condesa,

que ingrato à su fé jurada

abandonó::: *Rosal.* A la infeliz

Rosalía, y desgraciada

Condesa de Villa-Serna,

por tu perfidia ultrajada!

Si, hija mia; este es mi esposo,

y tu padre. ¡La distancia

de un General, à una pobre

Vivandera, y la mudanza

de su nombre, y apellidos

por su título, fue causa

de ignorarlo que hasta aquí

ha estado sintiendo mi alma

Mas ya conozco à mi dueño,

cuya imagen, aunque ingrata,

en mi tierno corazon

siempre ha estado conservada.

Y enlazandome en sus brazos::: *al ir à*

¡Mas dónde el placér me arrastra! *(hacer-*

¿Dime, pérfido, pretendes *(ose detiene.*

otra vez con tu inconstancia,

engañar à esta infelice?

¿Cómo tu esposa me llamas,

si te casaste, hombre infiel,

y dexaste abandonada

tu primera obligacion?

¡Ay Dios! ¡El aliento falta!

Marq. Adorada esposa mia,

no mas rigor: basta, basta.

Escucha solo un momento

verás mi fé acreditada.

Despues de que de tu vista

me separó mi desgracia,

à Italia pasé, y mis padres,

sin mi gusto, y con estraña

violencia, mi casamiento

trataron con una Dama

de aquel País; y por el Rei

fue tal union aprobada.

Mi mano sacrifiqué

à esta obediencia tirana;

y aunque siempre reservé

este corazon que te ama

à mi obligacion primera,

con la mas noble constancia;

no tube valor jamás

para darte tan amarga

noticia. Estando yo ausente,

llegaron, mi bien, tus Cartas

à manos de mi Consorte.

En ellas cuenta me dabas

de tu triste situacion;

à mi deslealtad culpabas

ofendida, y tu razon

ingrato, é infiel me llamaba.

La pasion celosa en ella

de modo obró, que entregada

toda à la melancolia,

fue tan eficaz, y rara,

que à los dos años murió,

dexando antes à mi Casa

heredero, en ese joven,

que es de vuestras quejas causa.

Como por su muerte fue

preciso que me entregara

de sus papeles, entonces

fue quando ví tu desgracia;

y en tus letras los testigos

que mi esplendor eclipsaban.

En tal estado, y mirando

ciertas yá las esperanzas

de poder dar cumplimientos

à la obligacion, que instaba

à mi corazon, y à aquel

fino amor que te guardaba

en mi pecho, partí al punto

(¡ay Rosalía!) à tu Patria.

¡Pero con cuánto dolor

supe tu precipitada

fuga! ¡No es posible puedan

explicarlo mis palabras!

Pox

Por saber tu paradero
hice diligencias varias;
pero en vano! ¡Y hoi el Cielo,
después de fatigas tantas,
permite te halle! Mas tú,
hija mia desgraciada,
¡qué delito cometiste
para verte en tan infausta,
en tan triste situacion,
abatida, y sepultada
en el seno del olvido!
¡Esta reflexion amarga
cubre mi pecho de horror,
y este triste llanto causa!

Gert. ¡Ay amado padre mio!
¡Yo era fuerza que pasara
tantas penas y aficciones
para lograr dicha tanta
como hoi el Cielo benigno
en estos brazos me guarda!
Pero, Señor, ya no es tiempo
de sentir mas. Las desgracias,
y las penas padecidas
en diez y ocho años, se cambian
hoi en júbilos. Corred
à mi madre, que os aguarda
llena de gozo, y perdona
vuestras injurias pasadas.

Marq. Si esa fortuna consigo,
para feliz, ¿qué me falta?
Pero ah! que mi culpa es grande,
y es preciso confesarla!

Rosal. Pero mi sincero amor
à perdonarte me arrastra.
¡Bendiga el Cielo estos justos
abrazos, que à tí me enlazan!

Marq. ¡Si hará, Rosalía! Yo
feliz, pues vivo en tu gracia.

Rosal. Siempre el arrepentimiento
borra las culpas. Mas para
solemnizar este dia,
concede, esposo, una gracia
en favor de un infeliz,
expuesto à morir sin causa.

Gert. Si, padre mio. Hasta ahora
la naturaleza sabía
mis afectos ha movido;

pero yá desde aquí clama
para que Jacinto viva
otra voz no menos blanda.

Marq. Aunque no fuera su culpa
tan noble, como causada
por defender tu decoro,
vuestra proteccion bastara
para atenderle; mas todas
las facultades me faltan.
Por el Consejo de Guerra
sentenciado, y confirmada
por mí la sentencia, solo
el Rei puede revocarla.

Gert. ¡Ay desdichado Jacinto!
¡Y ay Gertrudis desdichada!

Sale el Coron. Señor, por lo que respecta
à mi Regimiento, dada
la orden tengo para que
levante el campo, y la marcha
siga esta noche, despues
de que se vea efectuada
la justicia de ese Reo.
Y ustedes creo que faltan
à la orden, porque debieran
haber hecho se quitáran,
pues yá lo están las demás
sus infelices barracas.

Marq. Yo he mandado se detengan,
para que las satisfaga
mi amor de la ofensa,
hacer à su honor pensabas.
Sí, mal hijo, tu imprudencia
solo aspiró à deshonrarlas,
y solo en honrarlas pienso
¡horroricete la infamia
que ibas à hacer! ¿Y con quién?
¡Miserable! Con tu hermana;
con mi hija, que es ésta; y está
la Condesa desgraciada
de Villa-Serna, mi esposa,
y su madre. ¡Tiembra, y halla
en tu confusion castigo,
pues la virtud infamabas!

Coron. ¡Qué he escuchado, justos Cielos!
¡Sueño, ò deliro! ¡Mi hermana
es esta, y de Villa-Serna
la Condesa vos, que tantas

penas à mi amado padre
ha causado vuestra falta!

Marq. Sí, traidor: mira, y conoce
à quien injuriar pensabas.

Coron. ¡Ah, dulce hermana! Ah, Señora!
A vuestros pies::: *Rosal.* No, levanta,
hijo, à mis brazos. *Coron.* En ellos
mis respetos se consagran.
Y en los tuyos, este hermano,
su suerte feliz, y grata
felicita. Sí, Señor;

sí, padre amado: la rara
virtud, perfeccion, honor,
y todas las circunstancias
de mi querida Gertrudis,
de tal modo me arrastraban

à quererla, que aunque yo
por su virtud lo reusaba,
indeliberadamente
parecía que una causa
oculta me conducía
con dulce violencia à amarla.

Mas por mi honor aseguro
que este cariño, esta llama
amorosa, los honestos
límites no quebrantaba.

Esta noble inclinacion
tan natural, tan hidalga,
si entonces notarla pudo
la malicia de libiana,
ahora la razon la abona,
y la prudencia la ensalza:

con que yá, hermana querida,
como à tal, dexa que salga
mi amor de mi corazon;
y con fraternal constancia
pagame lo que te quiero,
manifestando que me amas.

Gert. Sí, hermano querido mio,
yo te amo con la eficacia
que inspira la sangre que
nos une; mas la desgracia
de Jacinto, por tí sea
en felicidad cambiada.

Coron. Ese es el dolor, Gertrudis,
que mi pecho despedaza,
al ver su infelice suerte,

y no poder remediarla!
Si consistiera su vida
en mi sangre, derramára
toda por él, ahora que
conozco, que yo di causa
à que su valor volviese
por el honor de mi hermana.
Bien, que aunque viviese, y á
contigo no se enlazára,
que entre la nuestra, y su sangre,
hai infinitas distancias.

Sale el Ayudante con una Carta.

Ayud. El Reo que está en Capilla,
Señor, me entregó esta Carta,
con orden de que à Vucencia
al instante que espirára
se la diese, y por si importa,
no he querido retardarla.

Marq. Demela usted. la abre, y lee para sf.

Gert. Ay, Jacinto!
Hoi mi dicha, y tu desgracia
suceden. ¡Mas si tú mueres,
toda mi dicha me falta! *Leyendo.*

Marq. Qué dolor!

Ayud. Señor, qué es eso?

Marq. Cruel desdicha! Suerte amarga!

Todos. Señor:::

Coron. Padre, qué sucede?

Marq. Lee, infiel hijo, lee esa Carta,
y verás à lo que han dado
tus temeridades causa!
Mas yo la leeré, porque
te confunda el escucharla.

Lee. Excelentísimo Señor: Pues quando
V. E. vea este papel, yá habré yo es-
pirado, no tengo inconveniente en po-
ner en noticia de V. E. que soi el Con-
de del Rio, que por un lance de honor,
di muerte en desafio à un Caballero de
mi Patria; de la que habiendome au-
sentado, tomé plaza en este Regimien-
to para estar más desconocido. Poco
tiempo hace que di noticia de hallarme
en él à un hermano mio; el qual en su
ultima Carta me decia esperaba de un
dia

dia á otro mi indulto: y pues mi destino me ha puesto en términos de que no me sea útil, solo suplico á V. E. dé aviso á mi hermano, que se llama Don Pedro de Silva Sarmiento y Villanueva, de mi desgracia, para que éntre en el goce de mis Mayorazgos, siendo mi voluntad asista con la quarta parte de lo que produzcan á la Señora Rosalía, y á su hija Gertrudis, con la que tenía tratado mi casamiento, si verificaba la nobleza, que me aseguraba su madre heredaba, y yo reconocía en la virtud y honor de ambas. Así lo espero del favor de V. E. cuya vida guarde Dios muchos años. Don Jacinto de Silva Sarmiento y Villanueva, Conde del Rio.

Gert. Ay Dios! La pena me ahoga!

Jacinto de toda el alma!

Rosal. Infeliz y noble joven

sacrificádo sin causa!

Ayud. Yo he quedado confundido.

Coron. Yo absorto.

Marq. Tú eres de tantas

angustias que nos rodéan

el traidor motivo! Aparta

de mi presencia, sangriento

feróz hijo! Vete, no me hagas

que tome en tí mi despecho

tan inaudita venganza,

que á todos sirva de exemplo.

¿Mi esposa, y mi hija entregadas

á tan acervo dolor,

y sin poder consolarlas

en esta ocasion? Qué pena!

El corazon se me arranca!

Ayud. Su esposa, y su hija! Mi asombro

cada vez mas crece!

á parte.

Marq. Marcha, huye de mí!

Coron. Sí, Señor:

teneis razon! Mas mis ansias á parte.

la vida me han de quitar,

ó al Conde es preciso darla.

Venga usted conmigo. Ahora

fuerza es cumplir con mi fama,

con mi padre, con su esposa,

con el Conde, y con mi hermana. *vase.*

Ayud. Con permiso de Vuécencia,

pues mi Coronel me aguarda. *vase.*

Marq. Hija, esposa, á tal dolor

no es justo esteis entregadas.

Gert. Qué fortuna tan costosa

me ha concedido mi grata

suerte! Encuentro un padre amable,

y pierdo un dueño que amaba.

Marq. El justo Cielo nos dé

el consuelo que nos falta;

y supuesto que desde hoi

conocidas, y obsequiadas,

qual sangre mia sereis,

venid donde esas alhajas

pobres, por ricos adornos

cambieis en fortuna tanta.

Rosal. Eso puede hacerse al punto,

pues conservo en mi barraca

un cofre con vários trages

de los que usaba en mi casa,

y ahora servirán en esta

fortuna tan no esperada.

Gert. El mio será un eterno

luto, que cubra, y deshaga

este triste corazon,

pues mi Jacinto me falta.

Marq. Vamos, y en tan crueles penas::

Las dos. En tan tremendas desgracias,

Los tres. O acabe mi sentimiento,

ó esta vida tan amarga. *vanse.*

El teatro representa el acampamento. A un

lado se verá la tienda, que sirve de Capi-

lla, con las centinelas á su puerta, en la

que tendrán atravesados los fusiles. Jacinto

estará oculto en ella hasta su tiempo de

trás de la qual se verá á lo largo Tro-

pa descansando sobre las armas. El Sar-

gento estará paseandose desviado algun

trecho de la tienda, baciendo

estremos de sentimiento.

Sarg. Pobre Jacinto! ¡El dolor

de su situacion infausta

me tiene sin mí!

Sale el Ayudante al bastidor.

Ayud. Preciso

es hacer lo que me encarga
mi Coronel: yo bien sé
que me expongo, si se alcanza
este proyecto à saberse:
pero ya dí mi palabra.

Señor Sargento.

Sale el Sarg. Usted mande
mi Ayudante. *Ayud.* Cómo se halla
el Reo? *Sarg.* Bien afligido.
Desde que escribió la carta
que à usted dió, no hace otra cosa
que para el paso que aguarda
tan terrible, disponerse,
y llorar con eficacia.

Ayud. Miserable! *Sarg.* Mi Ayudante,
por verdad mui cierta pasa
en el Ejército, que
aquella pobre muchacha,
y su madre Rosalia,
que Vivanderas se hallaban
aquí, son esposa, è hija
del General. *Ayud.* Ahora acaba
el Coronel de enterarme
de todas las circunstancias
de ese caso, y es mui cierto.

Sarg. Pues de ese modo, esperanza
puede haber de Jacinto
viva. *Ayud.* Pues usted se engaña.
Solamente puede al Reo
darle la vida el Monarca.

¿A qué fue usted al Cuartel
general? *Sarg.* Que le llamára
el Coronel, me encargó
el Reo. *Ayud.* Y vendrá?

Sarg. Palabra me dió de ello.

Ayud. Pues no hará
al Reo, ni al año falta.
Yá obscurece. A advertir voi
à la Tropa de la marcha
qué en tal caso debe hacer.
En el momento usted haga
que alerta las centinelas
estén; disponga la manga

que deberá conducirlo,
y que bien unida vaya.
Voi à que el Coronel vea *à parte.*
que observo lo que me manda.

Sarg. Sea en horabuena. Ustedes
dejen esa puerta franca,
para que Jacinto tenga
tan corto alivio en sus ansias.

*Se separan las centinelas de la puerta de
la tienda, quitando los fusiles, y sale à
la puerta Jacinto con grillos.*

Jac. Señor Sargento, yo estimo
como es debido, esta gracia.

Sarg. Así pudiera aliviarle
en todo, aunque me costára
verter mi sangre. *Jac.* Lo creo.
Qué hora será? *Sarg.* Yá son dadas
las siete. *Jac.* Pues de ese modo,
discurro que mucho tarda
la orden que se está esperando
para tocar la llamada;
pues creo que el Regimiento,
después de mi muerte marcha.

Sarg. Como ahora se hace de noche,
la prisa no es demasiada.

Jac. Qué respondió el Coronel?

Sarg. Que vendría. *Jac.* Dios lo haga!

Sarg. De Gertrudis, y su madre *à parte.*
no quiero decirle nada,
porque en esta ultima hora
la alegría le alterára.
Pero ácia aquí el Coronel
viene. *Jac.* Dios mio, os doi gracias;
pues dexaré con su vista
mui quieta y tranquila à mi alma.

*Sale el Coronel, y el Sargento pasa
à recibirle.*

Coron. Señor Sargento. *Sarg.* Señor.
Coron. Vaya usted, porque le aguarda
el Ayudante en su tienda.

Sarg. Voi à ver lo que me manda. *vase.*

Coron. Ustedes retirense à los Centinelas,
un poco: ¿à qué usted me llama? (que lo
Di-

Dígame quanto quisiere (*hacen, y lle-*
con franqueza, y sin tardanza, (*ga d'fa-*
porque ahora son los momentos (*cinto.*
de muchísima importancia.

Jac. Lo sé, Señor; mas yo tengo
mi voluntad resignada
à la de Dios, y la muerte
me asusta mui poco, ò nada.
Llamo à Usia para que
un favor, entre otros, me haga.

Coron. Decid.

Jac. Pues suplico à Usia,
que me perdone la falta
de respeto que le tube;
y la cruel, y temeraria
pasion de darle la muerte
para lograr mi venganza.
Con esta satisfaccion
quedará tranquilizada
mi conciencia. Perdonadme,
y muera yo en vuestra gracia.

Coron. Querido amigo, yo debo
pedirte perdon: abraza
al que tu enemigo fue,
y à tu tragedia dá causa.
¡Cree que quisiera encontrar
arbitrio, que te sacara
de este conflicto!

Jac. Lo creo;
y para que acreditada
vuestra expresion quede, hacedme
otro favor. *Coron.* Mi palabra
te lo asegura, Jacinto.

Jac. Pues Señor, desamparadas,
sin poteccion, y afligidas,
por mi suerte tan infausta,
la Señora Rosalia
y Gertrudis, su hija amada,
es fuerza queden. Yo tengo
ideas mui bien fundadas
para asegurar que son
de clase bien elevada.
Este juicio, y la virtud
que en hija, y madre encontraba,
me movieron à que aquella
diera la mano, y palabra
de ser su esposo. El destino,

que todo lo muda, y cambia,
no permite que yo cumpla
con la obligacion jurada,
que contrage; y así espero,
que Usia, por una gracia
de su bondad las proteja,
las atienda, cuide, y haga
que tenga efecto lo que
le suplico en una Carta
(que despues de mi suplicio
será en su mano entregada)
al Señor Marqués su padre.
Deme Usia la palabra
de que lo executará,
y no me será pesada
la amargura de la muerte,
que por instantes me aguarda.

Coron. Noble amigo, yo te ofrezco
que se mire acreditada
tu súplica. *Jac.* De ese modo,
nada, Señor, me acobarda. *dentro tocan*
Mas ay Dios! Yá el fin postrero (*llamada.*
llega à mi vida! Llamada
tocan las cajas y pitos,
y mi tragedia declaran.

Coron. Pues ánimo, amigo mio,
y tened mucha confianza
en Dios, que dá los consuelos
al que à sus piedades clama.
Yá te dirá el Ayudante
cierta cosa: ten confianza
en ella, que te aseguro
se cumplirá. Yo hago falta
para que tenga su efecto.
A Dios. *vase de priesa.*

Jac. El me asista en tanta
afliccion! El Ayudante
me dirá, que remediadas
quedan por mi Coronel
esas pobres desgraciadas.
Así lo creo. ¡Dios mio,
fortaleced mas mi alma!

Salen el Sargento, y Soldados.

Sarg. Quitad los grillos al Reo,
y vamos, porque yá aguarda

el

el Regimiento formado.
Jac. Providencia Soberana,
 pues me criasteis para vos, *le atan, y sa-*
en vuestro mi esperanza! (can al teatro.
 ¡Derramad vuestras clemencias
 sobre mí! Si à aquel que os llama
 teneis dicho asistireis,
 yo os llamo: vuestra palabra *con mucho*
 se cumpla, Señor; millanto *(desaliento.*
 lo pide, y mi fé lo aguarda.

Se le llevan: tocan la marcha cajas y pitos,
retirandose poco à poco bien lejos: y despues
de emplear algun momento sale
Jacinto.

Jacinto. Aunque à las mugeres es
 la curiosidad tan grata,
 y me estimula la mia
 con imperiosa eficacia
 à presenciar la justicia,
 que à tantas gentes arrastra,
 del infelice Jacinto;
 al verle, tan lastimada
 su presencia me ha dexado,
 que no tengo valor para
 seguirle al suplicio. Malo, *tocan marcha*
 y à le conducen. ¡Qué amarga *(à lo lejos.*
 carrera lleva! ¡Infeliz! *llora.*
 Pobrecito de mi alma!
 La Señora Rosalía,
 y su hija, despues que acaban
 de encontrar tan buena suerte,
 como estar yà declaradas
 por esposa, è hija de
 nuestro gran General, hallan
 esta pena. ¡El mundo quando
 dá un gozo, un susto prepara!
 Mas con su Excelencia vienen,
 las oiré aqui retirada.

Se retira al fondo del teatro, y salen el Mar-
qués, y Rosalía con polonesa de color, dete-
niendo à Gertrudis, que vestirá luto, tra-
yendo el pelo tendido, mal prendida, y ha-
ciendo fuertes estremos de dolor. La
marcha se oirá siempre mui lejos.

Gert. No, no penseis detenerte,

mi corazon solo aguarda
 morir à su lado. Ay Dios!
 ¡Padres, dexadme que vaya!

Marq. Hija, detente.

Rosal. Gertrudis,

vuelve en tu juicio. Repara:::

Gert. No, Señora: sin mi esposo
 me es la vida dura carga.
 ¡Dexadme verle por Dios!

Marq. No, hija mia; esa desgracia,
 ese espectáculo triste,
 sin duda te horrorizára:
 no pudieras resistir
 una vista tan amarga.

Gert. Nada puede centenerme:
 mi esposo à gritos me llama,
 permitidme que le vea,
 y moriré consolada. *hace fuerza para*
 ¡Pero, Cielos, yà sin duda *(irse, dejan*
 llegó al Suplicio! Me falta *(de tocar, y*
 el aliento! Yo fallezco! *(se detiene.*
 ¡No, bárbaros, no esa amada
 vida, crueles acabeis!

Deteneos: vuestras armas
 contra mi aliento emplead,
 y viva el dueño de mi alma,
 y dulce esposo. El silencio
 del campo, las atezadas
 sombras con que cubre al dia
 la noche que está inmediata,
 todo me confunde: todo
 me consterna y acobarda!

Mas mi esposo! Mi Jacinto! *disparan à*
 Justo Dios! Mi vida acaba. *(un tiempo*

Marq. Hija::: *(seis à siete tiros,*

Ros. Gertrudis querida::: *(y cae desmayada*

Marq. Mal atróz! *(en los brazos de*

Ros. Qué cruel desgracia! *(su padre.*

Los dos. Hija mia. *vuelve poco à poco.*

Gert. Y es verdad:::

Jacinto, Jacinto! Llamas
 à tu infelice consorte! *se incorpora.*
 Haber muerto puede, y se halla
 viviendo este corazon!
 No es posible! él no me engaña!
 Pero ay Dios! murió mi esposo,
 y mis súplicas de nada

han

han servido. ¿Pues por qué me detengo, sin que parta à unirme al noble cadaver, y à espirar con él? Aguarda, Jacinto. Esperame, esposo, que yá te buscan mis ansias. *vase pre-
Ros.* Ah Cielos! Vamos tras de ella, *(cipita-
pues su dolor, y constancia (damente.
la llevan al precipicio.*

Marq. Sigamosla, esposa amada! gran Dios! Bien sé que es castigo de mis culpas mis desgracias. *vase.*
Jacinto. Tan confundida he quedado, que no sé lo que me pasa! El pie no puedo mover! Pobre Jacinto! Mas vaya, animemonos un poco, y vamos à la barraca à cargar mis muebles, pues Felipe en ella me aguarda; y el Regimiento al instante es fuerza emprender la marcha.

*Vase, se levanta el telon, y se vé la muta-
cion de la primera Scena de la Comedia.*
*Sobre la parte del muro que baña el mar, habrá muchas gentes. En las embarcacio-
nes lo mismo, las tiendas à uno y otro lado, y las barracas deshechas. Inmediato al mar estará el palo que ha servido de suplicio.*
*Jacinto estará tendido en el suelo como muer-
to, teniendo el Teatro poca luz. El Ayud.*
parece solo delante del fingido cadaver.

Ayud. Todo se dispuso como se meditó, à Dios las gracias. Marche la Tropa al instante, cerca del y hasta unirse à la Brigada *(bastidor.* no haga alto, pues yá la noche sus lobregeces dilata.

*Levanta el baston, tocan marcha con mú-
sica, y salen las Tropas formadas: entre
division y division se verá algun cañon
de Campaña: algunos carros y mulas
cargadas, llevando dos Vanderas.*

Ayud. Daré parte à su Excelencia

de que yá la Tropa marcha; mas parece que aqui viene, al encuentro es bien le salga, para que nuestra intencion no se mire malograda; y porque no le consterne *salen los dos
una vista tan amarga. (Oficiales
Amigos, hagan ustedes (mudos.
lo que el Coronel encarga.*

*Se despiden con cortestas: los dos Oficiales
se dirigen à Jacinto lentamente, y obs r-
vando si alguien puede verlos. Antes de
llegar à él cae el telon de vista de Ciudad,
y bosque, y salen el Marqués, y Rosalia
deteniendo à Gertrudis, alumbrados
por dos Criados que sacan hachas.*

Marq. No debes vér el cadaver, hija mia. *Gert.* Cruel desgracia! Solo pretendo morir en sus brazos! *Rosal.* Hija, aplaca tu dolor! No aflijas mas à tus padres, que te aman.

Sale el Ayudante. Yá la Justicia, Señor Excelentísimo::: *Marq.* Basta. Yá lo sé. Ola? *Criad.* Señor.

Marq. Sin dilacion, sin tardanza conduzcase à la Ciudad el cadaver, y que se hagan de orden mia las exéquias precisas y necesarias que à un titulo de Castilla corresponden. Vés, ¿qué aguardas?

Ayud. Oiga Vuecencia. *Gert.* Yo voi, sin que me lo impida nada, à mirar à un desgraciado egemplo de la constancia, y de la desdicha menos merecida. *Marq.* Oye:: deteniendola.

Rosa. Repara:::

Ayud. Pues ocultar no se puede *ap.* lo que se ha hecho, y es dar causa à mayor delito, si descubrirlo se dilata, sepa su Excelencia quanto su hijo ha mandado que se haga. Señora, suplico à Usia

E

se

se detenga. Dos palabras
oiga Vucencia. *Marq.* Decid. *el Ayud.*
Rosal. Qué os detiene? (*manifiesta temor.*)
Gert. Hablad. *Ayud.* Me embarga
la voz, el decir que vive
el Conde. *Gert.* Qué oyen mis ansias!
Los tres. Vive? *Ayud.* Sí, Señores, vive.
Gert. Justo Dios! Usted me engaña!
Lo conozco, pero el gozo
de mí misma me arrebató.
Rosal. Alienta Gertrudis mía!
Gert. Será cierta dicha tanta!
Marq. Digisteis que vive el reo?
Ayud. Si Señor. *Marq.* Y por qué osada
disposicion criminal,
faltando à las Ordenanzas,
al Rei, y à la disciplina
Militar, tan temeraria
accion pudo egecutarse?
Quién dió una orden tan malvada?
Sale el Cor. Yo, Señor: yo quise solo
que en mí mismo se encontrara
el remedio poderoso
en tan tristes circunstancias.
Marq. Tú? *Cor.* Si Señor. *Marq.* Miserable!
Tu precipicio te labras!
Cor. Viva la inocencia, y muera
quien la persiguió sin causa.
Yo recorrí por mí mismo
en una tienda las armas,
que descargarse debian
contra el infeliz. Las valas
extrage de los cartuchos
con que alli fueron cargadas,
para que no le ofendieran
al tiempo que disparáran.
Con esto, con el cuidado,
y la mucha vigilancia
de dos graves Oficiales,
que merecen mi confianza,
el efecto se logró
que mi fiel amor deseaba;
y vuestro orden solo esperan,
Señor, para que le traigan
donde esta accion felicite
mas que ninguno mi hermana.
Gert. Ay hermano mio! Qué tanto le abraza.
sabe agradecerle mi alma

esta imponderable dicha!
Corramos à verle. *Marq.* Aguarda.
Gertrudis. Y tú, hijo-infiel,
que con un delito tratas
querer borrar una ofensa;
¿no ves que en tu accion quebrantas
la Justicia, el buen egemplo,
y disposiciones sábias
del Soberano? ¿Con qué
autoridad procurabas
dejar ilusoria una
capital sentencia, dada
por un Consejo de Guerra,
que solo toca al Monarca?
Cor. Yo, Señor, viendo la justa
pena que à todos tocaba,
y el sacrificio del Conde
sentenciado por mi causa:
mis propios remordimientos
me influyeron esta traza
para evitar el estrago,
dejando verificada
la sentencia del Consejo
en lo que mas importaba,
que es el buen egemplo; pues
la Tropa no sabe nada
de este suceso. Por esto,
no han sido por mí violadas
las Reales Resoluciones
que exigen las ordenanzas,
porque todos creen, Señor,
que se hizo lo que señalan.
Marq. Pero siempre las acciones
que son mal egecutadas,
mayormente quando median
Reales Decretos, no manda
la integridad, y el honor
que deben ser castigadas.
Las que à la legislacion
se advierten como contrarias,
esas deben suprimirse;
pero aquellas que ella encarga
se egecuten, es delito
muy enorme el retardarlas
ni un momento. ¿Y qué será
del contrario egecutarlas?
Rosal. En fin, vuestro hijo ha sabido
seguir los gritos que daba

à su bondad su conciencia,
y esta disculpa le basta.

Gert. Sí, Señor, padre querido:
pues que en vuestra mano se halla
dejad calmar la tormenta
que à todos nos anegaba
en amargura. Dejad
que viva Jacinto: Basta
de rigor, basta de enojo.
Consigamos esta gracia.

Marq. No puede ser, hija mia,
te estimo con toda el alma;
te amo y venero, Condesa;
union tengo con la Casa
del Conde del Rio; pero
mediando la soberana
disposicion de mi Rei,
ni atiengo, ni miro nada.
Haga usted que en el momento *(al Ayud.)*
con correspondiente Guardia,
y cargado de prisiones
pongan al Conde, y le encarga
mi orden que no hable con nadie.
Señor Coronel, no salga
de la Prevencion Usia
hasta mi orden: guarde exácta
y rigurosa prision.

Y cuenta con la observancia
de mis preceptos, porque
si en la menor circunstancia
à ellos faltare, tendrá
que sentir mucho, y con causa.
A despachar una Posta
voi al instante al Monarca:
le daré cuenta de todo;
y lo que disponga, en nada
se podrá alterar, aunque
la vida à mi hijo costará.

Cor. Sí, padre mio: Gustoso
vuestras ordenes abraza
mi corazón; pues si el Rei
me perdonase, esta gracia
será mi arrepentimiento,
la satisfaccion deseada,
y si mandare que muera,
sacrificaré en las aras
de la amistad esta vida
con tal gusto, y tal constancia,

que porque la tenga el Conde
será mi alegría estraña.

Marq. Ahora sí que te haces digno,
hijo mio, de una fama
inmortal! Ahora sí que
corresponde esta bizarra
virtud, y entereza, à aquella
tu ilustre sangre herederá.
Voi à despachar la Posta,
y::: dentro chasquidos de látigo.

Ayud. Una parece que acaba
de llegar. *Cor.* Posta es sin duda.

Marq. Yá sale un Criado.
Sale el Criado. Esta carta *se la dá.*
à Vucelencia trae un Posta.

Marq. Leeré por si es de importancia.
Por el Rei dice: Al Marqués
de la Colina. *la abre, y lee para sí.*

Gert. Qué estrañas
novedades, Santos Cielos,
en un solo dia pasan!

Cor. Cielos, qué leerá mi padre *ap.*
que tanto gusto le causa! *(gozo.)*

Marq. Mil veces bendito el Cielo! *lleno de*
Yo os doi mi Dios muchas gracias,
porque asi os habeis dignado
de consolarme. Hija amada,
esposa querida, hijo
de mi corazón, es tanta
mi alegría, que no puedo
con las voces explicarla.

Todos. Y qué es, Señor?

Marq. Que el Ministro
de Guerra en aquesta Carta
me dice, que como padre
piadoso, nuestro Monarca
perdona al Conde del Rio
(porque yá sabe que se halla
aqui por su hermano) de
la muerte que dió con armas
iguales, y en desafio
à Don Francisco Peralta.

Todos. Justo Dios!

Marq. Hai mas, hai mas:
El gozo de mí me saca!
Ha dado à luz nuestra Reina,
para consuelo de España,
un Príncipe, y me autoriza

pa-

para que indulto recaiga
en un reo sentenciado
à muerte; siendo por causa
de honor. Este es nuestro Conde.
Ayudante sin tardanza
conduzcale usted aquí;
y de todo lo que pasa
déle una pronta noticia
para que se alegre. Vaya,
corra usted, no se detenga,
ni pare hasta que le traiga.

Ayud. Así lo haré en el instante. *vase cor-*

Cor. Sumo Dios::: *(riendo.)*

Gert. Bondad Sagrada:::

Rosal. Infinita Providencia:::

Marq. Inteligencia increada:::

Todos. Rendidos os tributamos
por tantos favores, gracias.

*Salen el Ayudante, y los dos Oficiales que
conducen à Jacinto, Gertrudis corre
à abrazarle.*

Gert. Esposo amado! *Rosal.* Hijo mio!

Jac. Esposa: Madre del alma!

Señor invicto, à esos pies:::

Marq. Conde, en mis brazos descansa

como hijo de un primo mio,

à quien tiernamente amaba.

Jac. En ellos mis desventuras
toda su proteccion hallan.

Marq. Nada he hecho, Conde, por tí,
al Rei debes honras tantas,

Jac. Y al piadoso corazon
de mi Coronel. *Cor.* Abraza,
querido Conde, à este hermano
que por ti morir deseaba.

Rosal. Por qué caminos tan raros
sabe Dios dejar premiada
la virtud, que en los trabajos
resigna su tolerancia.

Gert. Y cuánto debe esperar
la fortaleza y constancia!

Marq. Vamos à la Ciudad, y
quedarán revalidadas
nuestras bodas con aquella
solemnidad necesaria,
Condesa mia, que así
apenas tenga la gracia
del Rei, como espero, quiero
que queden egecutadas.

Y en tanto, nuestra Gertrudis
es bien quede destinada
para casarse al instante
con el Conde. Demos gracias
à Dios por sus beneficios;
y mire yo que se ensalzan
con vuestras manos los pechos
que tan tiernamente se aman.

Jac. Esta es mi mano bien mio.

Gert. Con esta te doi el alma.

Cor. Y con un fin tan dichoso,

noble Auditorio, se acaban.

Todos. Las Vivanderas ilustres
merezamos que se aplaudan.

F I N.

Se hallará en la Librería de Quiroga, calle de la Concepcion Gerónima, junto à Barrio-Nuevo; y asimismo un gran surtido de Comedias antiguas, Tragedias y Comedias modernas; Autos, Sainetes, Entre-meses y Tonadillas. Año de 1792.